Domingo 15 de mayo de 1994

PRIMER PLANO//

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

El borde de las palabras, los cuentos de Juan Carlos Onetti según Miguel Briante 8

EL ULTIMO PUIG: UNA INVESTIGACION

Retrato del escritor como diva agonizante

A comienzos de abril, durante un coloquio en la Universidad de Yale, algunos investigadores afirmaron sin la menor prueba que Manuel Puig había muerto de SIDA en Cuernavaca. Verificar ese dato era, sin embargo, una de las mayores obsesiones de los discípulos que el novelista argentino dejó en México y en Nueva York, y que se llaman a sí mismos "las hijas". Uno de ellos, Jaime Manrique, emprendió hace tres años una búsqueda exhaustiva que lo llevó de Coyoacán, en Ciudad de México, a la casa de Puig en la calle Orquídea y a la Central Quirúrgica de Las Palmas, en Cuernavaca. Su extenso informe –que aquí se publica condensado– trata de dar respuesta a los siguientes enigmas: ¿Quiénes eran las "hijas" de Manuel Puig? ¿Cómo era la casa que eligió para vivir? ¿Murió de SIDA? ¿Sufrió una operación infortunada? ¿Sus cenizas están en Buenos Aires o en México? Este relato apasionante, escrito en inglés e inédito en castellano hasta el presente, fue cedido en exclusividad por el autor para **Primer Plano**.

EL ULTIMO PUIG

Los distintos rumores sobre la muerte, el 22 de julio de 1990, de Manuel Puig hicieron que su amigo y discípulo, también escritor, Jaime Manrique, se lanzara hacia una investigación que aclarara los últimos días y las circunstancias del fin del autor de "La traición de Rita Hayworth", "El beso de la mujer araña" y "The Buenos Aires Affair", entre otras grandes obras. Cedido por Manrique para Primer Plano, en estas páginas, el informe definitivo.

JAIME MANRIQUE *

Conocí a Manuel Puig hacia 1977, en un taller de narrativa organizado por la Universidad de Columbia para todo público, cuyo único requisito era presentar un manuscrito aprobado por él. Llevé mi primera novela a su dirección en Bedford Street, Nueva York, El mismo acudió a la puerta, entreabriendo una pequeña rendija a través de la cual tomó el manuscrito, y me preguntó de dónde era. Cuando le dije que era de Colombia, me hizo algunas preguntas sobre Cartagena y luego prometió llamarme en cuanto hubiese leído el texto. Un par de días después telefoneó para decirme que podía asistir al taller y añadir que le había gustado mi trabajo porque brotaba "por debajo de la epidermis". Es casi imposible describir la emoción que sentí al oír aquel comentario de labios de un autor que idolatraba con ese ardor absoluto e irracional de la juventud.

Leí la primera novela de Puig, *La traición de Rita Hayworth*, en 1968, cuando acababa de terminar la secundaria y era un inmigrante recién llegado a Estados Unidos. Yo vivía con mi madre en Tampa, Florida, y ambos trabajábamos en la misma fábrica, situada en el *sector negro* de la ciudad. Mi mamá era costurera y yo me dedicaba a sacar y ordenar la ropa sucia para lavar de unos enormes tambores. Los sábados en la mañana caminaba hasta el centro e iba a la Biblioteca Pública. Fue allí, en la sección de libros en castellano, donde descubrí la primera novela de Puig, que acababa de resultar finalista en el premio literario Seix Barral. Ese libro y los dos siguientes, *Boquitas pintadas* y *The Buenos Aires Affair*, con su mezcla de erudición cinematográfica, tangos y boleros, política radical, psicoanálisis y visión homosexual, me hablaron más directamente que cualquier otra obra de los escritores latinoamericanos del boom. Puig se convirtió en uno de mis héroes culturales. El retrato publicado en las ediciones españolas de sus libros, editados por Seix Barral, en el cual aparecía riendo, con un negro mechón de cabello agitado por el viento, me había seducido. En aquella fotografía parecía una estrella de cine italiano, una especie de Marcello Mastroianni joven y refinado.

En Columbia, la gente del taller se reunió en una oficina de aspecto victoriano. Habiendo traspasado la barrera de los 40 años, Puig no era ni la sombra de aquella fotografía de la cual yo me había enamorado. Los rasgos clásicos mediterráneos eran los mismos, pero estaba un poco pasado de peso y una incipiente calvicie disolvía su frente. Aunque pude leer algunas de las entrevistas que le habían hecho, ninguna de ellas daba muchas pistas sobre Manuel Puig, el hombre. Toto, el muchacho protagonista de *La traición de Rita Hayworth*, es decididamente homosexual y en *The Buenos Aires Affair* hay una subtrama homosexual, por lo que deduje que Puig era gay, como la sensibilidad evidenciada en sus escritos.

En persona, Puig resultó ser más teatral que Greta Garbo: tenía sus mismos gestos operáticos. Como en el caso de la Garbo, sus ojos eran una herramienta, un arma, no meros órganos visuales sino instrumentos para expresar lo que veía. Al igual que la gran diva, alzaba una ceja, la izquierda, para indicar pena, desdén, desesperación. Las cejas funcionaban como cortinas que se alzaban o caían para dejar al descubierto el fuego de sus ojos vivos. Unos ojos que podían arrebatar o abatir con su frialdad. Tenía lo que en ciertos círculos se denomina ojos Bette Davis.

En aquel tiempo aún no había encontrado un lugar en mi familia, ni en el círculo de mis amistades. Debido a que en la sociedad colombiana sólo había una clase de homosexuales, las *locas*, había decidido a muy temprana edad cultivar una apariencia ruda. Me dejé crecer una barba al estilo Che Guevara, usaba chaquetas de cuero negro, blue jeans y botas. Puig, con sus sublimados amaneramientos de loca, pulsaba las teclas de mis peores temores; él representaba todo aquello en lo que había temido transformarme durante mi adolescencia. En aquel entonces, yo tenía algunos pocos amigos afeminados, pero secretamente me sentía avergonzado de que, en el mundo heterosexual, me vieran con ellos. Si las novelas de Puig no me hubiesen cautivado de manera obsesiva, seguramente me habría causado una repulsión absoluta. Pero quizá por aquello de que polos opuestos se atraen, entre Puig y yo se estableció una química inmediata, aunque duraría sólo un tiempo, porque debido a mi pose de macho él veía en mí a *un hombre de verdad*.

Si en público era abiertamente homosexual, en la intimidad se tornaba desenfrenado. Siempre se refería a sí mismo como "esta mujer" y era despiadado con aquellos escritores gays que ocultaban su homosexualidad; con un dejo de perversión, hablaba de ellos en género femenino. A todos los autores del boom latinoamericano los identificaba con estrellas de cine, y de Carlos Fuentes solía decir que "la rodea el glamour, como a Ava Gardner, pero ¿será capaz de actuar?". Estaba subvirtiendo el chismorreo homosexual, transformándolo en un instrumento válido de discurso crítico. Esta afectación femenina era, de hecho, el corazón de su arte. Puig usaba la homosexualidad como un medio para llegar al fondo de las cosas, como cuando hablaba de las películas costumbristas que en algunos países eran tratadas "como las mujeres, que son para disfrutarlas pero no para tomarlas en serio". O como cuando declaró en una entrevista que "el buen gusto puede ser una fuerza represiva".

Puig adivinó desde el primer instante que sus ideas acerca de la homosexualidad eran más anticuadas, y más radicales, que las mías. Por ejemplo, él se sentía atraído por la virilidad en los hombres. Le gustaba lo que en la cultura latina se conoce como *cacorros* o *bujarrones*, los hombres que asumen el papel activo y que no se perciben a sí mismos en tanto homosexuales porque por lo general están casados. Un amigo mío, sesentón, me decía hace poco que ésa era la actitud típica de los homosexuales que hace 25 años buscaban prostitutos para sus devaneos sexuales. En aquel tiempo, un prostituto no era homosexual por definición. Lo que muchos afeminados de la época deseaban era hacer realidad su fantasía de acostarse con un heterosexual, e insistían en que los prostitutos se ciñeran a la imagen del macho. Mi amigo añadía que "muchos prostitutos no eran homosexuales, sólo lo hacían por dinero". En *El beso de la mujer araña*, que es en esencia un diálogo socrático, la *loca* Molina contesta a la pregunta heterosexual de Valentín:

"–¿Y qué es masculino en tu concepto?

–Para mí, son muchas cosas... bien, lo más agradable de un hombre es justamente eso, ser maravillosamente atractivo, y fuerte, pero sin hacer alarde de ello, y también significa caminar muy en alto..."

Puig estaba demasiado cuerdo para no saber la diferencia. En efecto, él debe haber disfrutado su posición porque ésta era irracionalmente perversa. Más adelante en el libro, Valentín inquiere a Molina:

"–¿Y son así todos los homosexuales?

–No, hay otra clase. Esos que se enamoran unos de otros. Pero mis amigos y yo somos ciento por ciento femeninos. No entramos en esos pequeños juegos, eso es estrictamente para los homosexuales. Nosotras somos mujeres normales, nos acostamos con hombres".

EL MOMENTO DECISIVO. Una noche, siendo ya amigo de Puig, me habló de un momento crucial de su existencia cuando, cerca ya de la treintena, se dio cuenta de que no había hecho nada en la vida, excepto escribir guiones cinematográficos traídos por los cabellos e irrealizables. Estaba conversando con un viejo amigo suyo –"una vieja loca divina"–, quien le dijo: "En este instante tienes dos opciones, puedes convertirte en una *loca* demente y pasar el resto de tus días con el peluquero, o hacerte una verdadera mujer y transformar toda esta mariconería en arte".

Puig hizo una pausa. Indiscutiblemente ése había sido el momento decisivo de su vida, aquél en el que los héroes oyen la voz que les revela la naturaleza de su misión. "Aquella *divina mujer* salvó mi vida", afirmó, "si no me hubiese dicho aquello, quizá me habría conformado con ser una *loca* caprichosa".

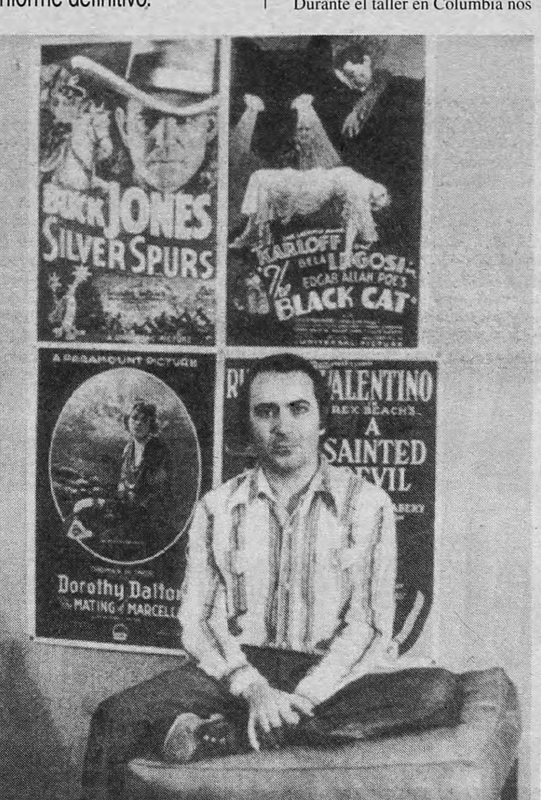
Durante el taller en Columbia nos hizo reescribir algunos relatos. Nos dijo que no estaba interesado en leer nuestras autobiografías, pero que todo escritor necesitaba aprender a estructurar una narración, así que nos pidió que nos metiésemos en la estructura de textos ya escritos. La primera tarea que sugirió fue la película *Carrie*. Cada uno de nosotros escogió un personaje (yo tomé a Piper Laurie, la madre), y reescribió la historia desde el punto de vista de éste. He llegado a pensar que era un gran profesor, no por las cosas que hacía sino porque lograba que las personas que estaban en contacto con él dieran lo mejor de sí. El único consejo concreto que me dio fue: "Hazlo poético".

Puig, que acababa de terminar *El beso de la mujer araña*, me animó a que abordara el tema gay. Comencé una novela homosexual inspirada en mi primer –y desafortunado– amor. Tiempo después, aquel otoño, regresé a Nueva York con el manuscrito completo. Puig leyó algunas partes y no estaba muy entusiasmado (poco inteligentemente, lo había escrito en inglés pensando que de haberlo hecho en castellano no conseguiría quien la publicara); sin embargo, me apremió para que publicara *El cadáver de papá*, mi primera novela, que había sido rechazada por varios editores en España. No obstante, con el estímulo de Puig, me decidí a enviarla al Instituto Colombiano de Cultura, donde la aceptaron.

En el ínterin, me había convertido en amigo de Puig o, para decirlo de una manera que me gusta más, en una de sus *hijas*. El no era el primer escritor *famoso* que conocía, pero era la primera persona a la que admiraba y que demostraba un vehemente interés por mi obra de ficción. Durante el invierno de 1979 le presenté a un científico amigo mío, con el cual salimos a cenar en un par de ocasiones. Manuel se sintió inmediatamente fascinado por aquel hombre, en primer lugar porque era de Bagdad. Manuel, en esencia, era alguien que anhelaba dejarse seducir por el exotismo y el romance. Habiendo crecido en General Villegas, un polvoriento villorrio de las pampas, suspiraba por la vegetación y el glamour y los buscó activamente durante toda su vida. Tanto en las películas como en la vida real, sentía gran pasión por el trópico. Construir un hogar en un paraíso tropical se le convirtió en una de sus grandes obsesiones.

En la primavera del '78 regresé a Bogotá, y un año después recibí una carta de Manuel diciéndome que deseaba visitar Colombia. En junio del '79 lo encontré en las islas Canarias, en un congreso de escritores. Se acababa de editar su *Pubis angelical* y él se sentía feliz porque el libro había resultado un best seller en España. Fuimos inseparables durante aquellos diez días que pasamos en las islas y Manuel me presentó a Severo Sarduy, además de otros escritores y críticos del mundo hispanoparlante. Yo era un recién llegado al mundo de la literatura, y él acostumbraba a presentarme como "mi hija, la debutante". Aunque algunos años antes esa feminización de mi personalidad me habría ofendido, él había tenido sobre mí una influencia liberadora, sacudiéndome del yugo de mis ideas estereotipadas sobre la masculinidad y haciéndome sentir más tranquilo acerca de mi sexualidad. Aprendí que no sólo estaba bien, sino que era agradable comportarse como homosexual. Cuando nos despedimos, me comunicó su decisión de ir a Colombia un par de meses después.

UNA CHICA DE CLASE MEDIA. Nos vimos de nuevo en Bogotá. Fue entonces cuando me di cuenta de cuán infeliz era Puig. A lo largo de varias conversaciones entendí muchas cosas, entre ellas que él no podía soportar Nueva York debido al fracaso de un amor que luego trans-



formaría en el relato de ficción *Maldición eterna a quien lea estas páginas*; y que estaba destrozado por la mala acogida que había tenido *El beso de la mujer araña* entre los críticos: en *The New York Times*, Robert Coover hizo trizas el libro.

A finales de los setenta, Puig era uno de los autores más admirados y leídos en América latina, superado sólo por García Márquez; sin embargo, el recibimiento que tuvo en aquella Bogotá conservadora y formal no fue ni por asomo apoteósico. Los intelectuales bogotanos se mantuvieron al margen. Ni siquiera sus conocidos (directores de periódicos y revistas que habían apoyado su obra) y sus editores en la ciudad lo llamaban o visitaban. Cuando comencé a indagar entre mis allegados la razón de esa actitud, frecuentemente esgrimían el nombre de *El beso de la mujer araña* para mofarse de Puig y hacer comentarios peyorativos sobre él. Lo que sucedía era evidente: el establishment literario no podía perdonarle a uno de los grandes escritores latinoamericanos que saliese con una novela gay. Muchos escritores heterosexuales y sobre todo muchos homosexuales reprimidos no deseaban que los asociaran con una *loca* públicamente reconocida.

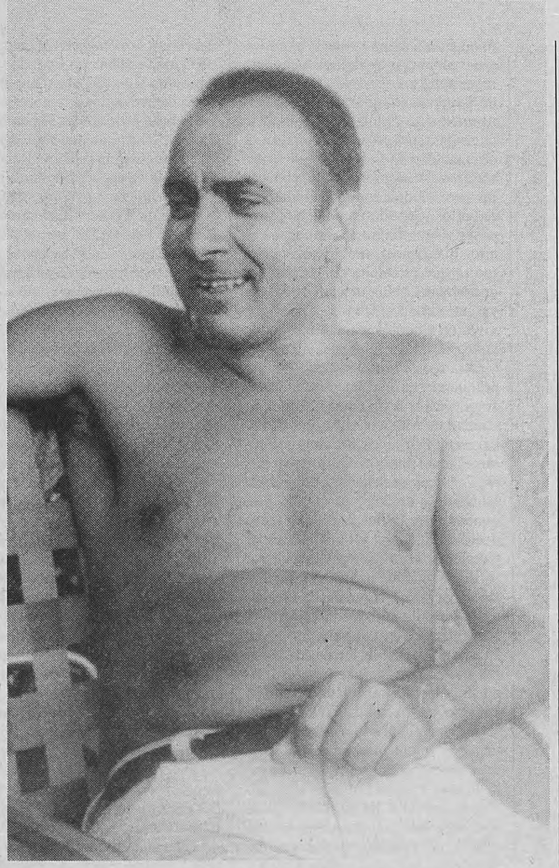
El era sin lugar a dudas una *loca*, pero también una de las personas más sólidas que he conocido. Cierta mañana, durante su estadía en Bogotá, había planeado visitar el pueblo colonial de Villa de Leyva. Poco antes de salir de mi apartamento para recoger a Manuel en su hotel supe que uno de mis conocidos se había suicidado. Fui con el chofer al hotel y le conté a Manuel lo sucedido, añadiendo que era mejor que pospusiésemos el viaje para el día siguiente. No le gustó la idea para nada. Señaló que mi amigo estaba muerto y que yo ya no podía hacer nada por él, así que ¿por qué dejar para mañana lo que podíamos hacer hoy? Me dijo que mañana, cuando me sintiera mejor, podríamos ir a visitar cualquier otro lugar. Me sentí herido y conmocionado, pero seguí adelante con el plan inicial y, ese día, Manuel me descubrió nuevas facetas suyas. Me dijo que los británicos eran las personas más racistas del planeta, que no había nada que odiase más que la burguesía intelectual italiana y que los hombres más bellos del mundo se hallaban detrás de la Cortina de Hierro. No tenía aún un título para la "novela migueliana" que había terminado en Cartagena. Durante una hora o más, jugamos con una serie de títulos hasta que dio con *Maldición eterna a quien lea estas páginas*. Le dije que yo nunca compraría una novela con ese título y se sorprendió tanto que decidió que eso era un buen augurio.

Acompañándolo a todas partes durante aquellos meses en Bogotá me sorprendí de cuán modesto era. Pensaba que llevar corbata era darle mal ejemplo a los demás y se vestía con ropas que debía haber comprado en tiendas de segunda mano. En aquellas ocasiones en que nos invitaban a una hermosa mansión, hacía una pausa antes de entrar y musitaba: "¡Casa de gente rica!", como si de alguna manera sintiese que no pertenecía a aquel lugar.

Cierta vez estábamos hablando acerca de un escritor *aristocrático* que conocíamos y Manuel dijo: "Agradezco haber nacido con las inclinaciones de una chica de clase media. Imagina lo que debe ser tener que sobreponerse a las pretensiones de toda esa gente". Una de sus películas favoritas era el melodrama mexicano de los cuarenta *Nosotros los pobres*.

Manuel partió de Colombia y, poco después, yo regresé a Nueva York. Aquel año, 1979, vendió los derechos de autor para la edición de bolsillo norteamericana de cuatro de sus novelas y por primera vez se encontró con que tenía en las manos un enorme fajo de billetes –cosa insólita, pues sus libros habían sido traducidos a 14 idiomas y habían vendido cientos de miles de ejemplares– con el cual abandonar Nueva York a la que había llegado a odiar. Se mudó a Río de Janeiro, pero después del fracaso de *El beso de la mujer araña* no pudo hallar un editor para *Pubis angelical*, y cuando salió *Maldición eterna a quien lea estas páginas*, el libro fue desechado con el calificativo de insignificante.

Afortunadamente, se adaptó a Río. Llevó allí a su madre y ambos vivían en sendos apartamentos a dos cuadras de distancia. Cierta vez me describió su rutina diaria: en la mañana iba a nadar con su madre, luego escribía durante algunas horas tras las cuales almorzaba y tomaba una siesta para luego trabajar durante varias horas más. Pasaba las noches viendo películas en video junto a su madre y algunos amigos que iban a visitarlo. Parecía una existencia ideal. Había reanudado su relación con un obrero de la construcción, casado, con el cual se veía un par de veces a la semana. A finales de los ochenta, cuando volvió a Nueva York, lucía más joven y saludable que la primera vez que lo vi: había cultivado un bronceado a lo Julio Iglesias, había perdido peso e incluso ya no se le caía el cabello. Se pavoneaba de su esbelta figura. "Toca –me decía–, es la piel de una mujer de verdad."



LA DECEPCION ARGENTINA. Puig solía decir que había dos clases de libros: los imperecederos y aquellos que no lo son. *El beso de la mujer araña* había sido un fracaso entre intelectuales y críticos, pero a la postre resultó ser uno de esos libros que no mueren. Desde el principio fue adaptado para montarlo en diversos escenarios de todo el mundo. En algunas ocasiones, en Italia, la adaptación la hacían escritores y, en otras, los propios actores. Cineastas como Fassbinder y Liliana Cavani querían llevarlo al celuloide. Manuel se irritaba muchísimo cada vez que oía acerca de un nuevo montaje, en Europa o América latina, sin su autorización. Para poner fin a aquella situación decidió adaptarlo él mismo. Cuando su versión fue llevada a las tablas en Río fue un verdadero éxito.

También escribió una novela en portugués, *Sangre de amor correspondido*, cuya traducción al inglés fue pésima; el libro fue criticado sin conmiseración. Al comentar la novela para la revista *New York Native*, la definí como amorfa pero incisiva y lujuriosa. Me impresionó porque era un valiente esfuerzo para superar la crisis creativa que lo aquejaba. Conservo una carta fechada el 28 de marzo de 1985 en la que expresa sorpresa por el frío recibimiento que tuvo esa obra.

"Querido Jaime: Pequeña hija de Gothman: ¿Cómo estás?", comienza, y luego de darme las gracias por la crítica, continúa diciendo "la novela fue recibida con cierto rechazo misterioso. Aquí en Brasil fue *ignorada*, y te aseguro que el original en portugués fue leído cuidadosamente por expertos en el idioma y su autenticidad es irreprochable. ¿Será que temen excitarse con un macho como ése? En España tuvo una mejor acogida... no he vuelto a Nueva York en largo tiempo, desde octubre del 83, ésta ha sido mi más larga ausencia. En noviembre estuve en Los Angeles para un maravilloso proyecto de película que resultó un fiasco. De la película sobre *La mujer araña* no sé nada. El guión es malo, pero ¿podría ocurrir un milagro? Me han prometido una presentación privada en dos semanas, aunque todavía hace falta darle unos toques finales. Hicieron una película sobre *Pubis angelical* en la Argentina, un verdadero horror... "Hablando de la Argentina, poco antes que cayeron los militares, tres meses antes, mis libros entraron al país, especialmente *El beso de la mujer araña*. Bueno, ha transcurrido más de año y medio y todavía no ha aparecido ni siquiera una pequeña nota de la crítica, ni a favor ni en contra. ¿Qué piensas de eso? Todo esto a despecho de que ya hace cuatro años que la lectura del libro está incluida en los programas de estudio de las universidades francesas, además de que constantemente aparece en cursos de literatura latinoamericana en todas partes, y de que se ha derramado mucha tinta tanto elogiándolo como rechazándolo, en cientos de periódicos. Lo que me pasma es el silencio unánime, nadie dice una palabra. ¡Realmente asombroso! Mi país le tiene terror a los misterios del espíritu".

Por supuesto, todo esto cambió en 1985, cuando se estrenó la versión cinematográfica de Héctor Babenco de *El beso de la mujer araña*, la cual tuvo un considerable éxito comercial y fue aclamada por la crítica. Repentinamente, a los 52 años, Puig era nuevamente famoso; de hecho, más de lo que nunca había sido. Encontró editor para la versión de *Pubis angelical* en inglés y éste incluso recibió algunos elogios, lo cual no es de extrañar teniendo en cuenta que es un libro fabuloso. Mario Vargas Llosa en el *Sunday New York Times* se refirió a Puig como uno de los maestros de la narrativa latinoamericana contemporánea. Todos sus libros fueron reeditados y por vez primera en su larga carrera adquirió seguridad económica. Finalmente recibía los reconocimientos que anhelaba.

Aunque tanto *Boquitas pintadas* como *Pubis angelical* fueron llevadas al cine, ninguna de estas dos realizaciones alcanzó el éxito de *El beso de la mujer araña*, que restauró su reputación internacional; sin embargo, a pesar de que hubiera debido sentirse contento con ello, odiaba la película. De la celebrada actuación de William Hurt, Manuel decía: "La Hurt es tan mala que probablemente gane el Oscar" (¡Y lo hizo!). Cierta vez Babenco me comentó que él pensaba que la reacción de Manuel se debía a que no podía concebir que nadie más que él encarnase a Molina. Y hasta cierto punto tiene razón. (A Manuel llegaron a gustarle algunos actores que hicieron el papel de Molina en representaciones teatrales.) Con excepción de Toto –el muchacho encandilado con la estrella de *La traición de Rita Hayworth*– había más de Puig en Molina que en cualquier otra de sus creaciones. Molina es seguramente lo que Toto habría sido al crecer, si Manuel no se hubiese topado con aquel amigo que le urgió para transformar sus devaneos en arte.

UNA HISTORIA DE AMOR. A finales de los ochenta, Puig fue a Nueva York para hacer algunas lecturas públicas y recibir algunos homenajes. En 1987, el Barnard College preparó una semana de reconocimiento a su trabajo y pasé algún tiempo con él el último día. Hubo una lectura de su adaptación teatral de *El beso de la mujer araña* a la que siguió una larga recepción durante la cual fue entrevistado por los periodistas una y otra vez.

Aquella noche en Barnard insistió en que me quedara hasta el final, y cuando terminó caminamos hasta Broadway, pasamos por Columbia, donde nos habíamos conocido, y llegamos a un restaurante en el vecindario. Durante el trayecto algunos estudiantes lo saludaban gritando: "¡Qué tal, Manuel Puig!". Manuel decía "¿Viste? ¡Qué famosa!". Parecía muy satisfecho. Aquella noche habló de que nunca había tenido un amante porque "a los hombres no les gustan las mujeres de éxito". Durante la cena, por primera vez en la vida, conversó un poco sobre sus encuentros con celebridades como Madonna y Sonia Braga. Que aquellas glamorosas diosas sexuales lo buscasen significaban mucho para él. Hice bromas acerca de que la gente a la que yo conocía hoy en día se refería a él como a un recluso, como una figura al estilo de Greta Garbo. Me concedió una sonrisa digna de la Mona Lisa.

Lo vi una vez más, en 1990, cuando apareció en la YMHA de la calle 92. Aquella noche hizo una lectura de *Maldición eterna a quien lea estas páginas*, dándoles a los diálogos un cariz homosexual que no se percibía en las páginas impresas. La novela me pareció en aquel entonces una especie de *Esperando a Godot*, versión gay. Quizás esta novela, como sus otros trabajos de la última etapa, aspiraban a ser obras de teatro después de todo. Los parlamentos rebosaban erotismo y *pathos*. La historia era débil, de acuerdo, pero a la vez era graciosa, punzante; funcionaba hermosamente en un escenario. En el período de preguntas y respuestas –la audiencia, una vez más, estaba conformada más que todo por mujeres–, habló sobre su nueva novela, *Cae la noche tropical*, la cual era, según dijo, una historia sobre la necesidad de los viejos de amar a gente joven. Luego hubo una pequeña recepción, durante la cual anunció, para mi sorpresa, que semudaba a Cuernavaca, ya que la crisis del SIDA había transformado a Río en una ciudad apestada.

En 1990, estuve en contacto con él, ya que había aceptado una invitación para hacer una lectura en un acto a beneficio de escritores y editores con SIDA en el capítulo americano del Pen Club. Le mencioné que durante los últimos años había estudiado *El beso de la mujer araña* con mis alumnos y lo sentía muy cercano a mí cuando discutíamos el libro. Durante muchos años había considerado que *Boquitas pintadas* era su obra maestra, pero *El beso de la mujer araña* había comenzado a revelarme niveles más profundos de significado. Pienso que es una de las más grandes historias de amor que se han escrito, una de las más osadas y novedosas novelas del siglo y un trabajo de esplendor místico. No hay otro relato que combine con tanto éxito el arte de la literatura con el cine. Y, por supuesto, descubrí por qué Manuel había citado al Quijote cuando estábamos en Bogotá: había reescrito a su manera la obra de Cervantes. En la versión de Puig, Molina y Valentín son respectivamente Don Quijote y Sancho Panza. Como *Don Quijote*, *El beso de la mujer Araña* es muchos libros en uno; es una exploración de las necesidades humanas de libertad, fantasía y sueño, para perseverar y triunfar, incluso ante las más grandes injusticias.

BECKY WELLES EN EL PARNASO. Estaba en Virginia, en julio de 1990, cuando recibí la noticia de la muerte de Manuel Puig en Cuernavaca. Aunque sabía que lo quería, la profundidad de mi dolor me sorprendió. Lo repentino de su muerte, aunado al hecho de que sucedió justo en el momento en el cual iniciaba una nueva vida, me pareció un chiste macabro. El obituario del *New York Times* estaba lleno de informaciones desconcertantes: hablaba de que sus deudos, además de la madre, María Elena (Doña Male) de Puig, eran su hermano Carlos Puig, y dos *hijos*, Javier Labrada y Agustín García Gil. Los dos hijos eran obviamente dos *hi-*



EL UL... PU...

jas, que era como solía llamar a los numerosos jóvenes a los que era afecto. Sin embargo, los escritores gays que lo conocían se sintieron irritados porque la mención de los dos hijos lo hacía parecer, a los ojos de quienes no lo conocían, como si hubiese sido heterosexual.

La necrofilia es un impulso muy fuerte en la sociedad argentina y en la cultura latinoamericana. Poco después de la muerte de Puig, comenzó a tejerse una extraña mitología a su alrededor, como si él fuese una especie de Evita Perón de la literatura. Después de muerto se convirtió en una figura todavía más desconcertante de lo que había sido en vida. Aunque oficialmente murió de un ataque cardíaco, producto de una operación de la vesícula biliar, comencé a escuchar versiones que señalaban que estaba enfermo de SIDA. Algunas de las personas cercanas a él comenzaron a admitirlo con cierta renuencia, otras lo negaron vehementemente, como si haber contraído la enfermedad lo disminuyese y opacase sus logros. Después de todo, si la homosexualidad es el gran tabú de la cultura latinoamericana, el SIDA es poco menos que innombrable.

La pena por su muerte se prolongó durante el otoño. Ciertamente, él había sido mi *madre* literaria y yo estaba desconsolado como si hubiese muerto mi madre real. El duelo era una mezcla del hecho de que había demasiadas preguntas sin respuestas acerca de su muerte. Reinaldo Arenas, el otro gran escritor homosexual latinoamericano, amigo y vecino, insistía en que sabía de buena fuente que Manuel había muerto por complicaciones debidas al SIDA.

Fue entonces cuando decidí que viajaría a México a tratar de descubrir qué había sucedido con Manuel.

Llegué a México el 22 de julio de 1991. Fue sólo después de una semana de estar allí que caí en cuenta de que mi arribo había coincidido con el primer aniversario de la muerte de Manuel. El objetivo de mi viaje era tratar de hablar con Javier Labrada y Agustín García Gil, los *hijos*, y también ver la casa en que Manuel había muerto.

Llamé a Javier Labrada desde Nueva York para solicitarle una entrevista. Tenía su dirección y número de teléfono porque, durante un tiempo, mientras se instalaba en Cuernavaca, Manuel había recibido allí su correspondencia. Aceptó reunirse conmigo y me pidió que le llamara en cuanto llegara. Le telefoneé al día siguiente de aterrizar en Ciudad de México, pero no se encontraba, así que le dejé mensajes tanto en su casa como en su oficina. Mientras esperaba que se pusiera en contacto conmigo, llamé a mis otros conocidos en la ciudad para verlos. Cuando mencioné el propósito de mi viaje a los intelectuales a los que conocí, me dijeron que el rumor que circulaba en México era que Manuel había muerto de SIDA, ya que durante los ocho meses que vivió en Cuernavaca nadie lo había visto.

Otra teoría era que había muerto porque era tan tacaño que había escogido no ir a un buen hospital en Ciudad de México, cosa que ya había escuchado antes. Me contaron cómo Manuel había desperdiciado tres días críticos durante su enfermedad llamando a distintos hospitales preguntandopor las tarifas, y que había decidido quedarse en una clínica de Cuernavaca porque era la más barata. Se decía que "nadie en sus cabales se opera en Cuernavaca". Tres días después de mi llegada llamé nuevamente a Javier Labrada. Estaba en su oficina y, como buena *loca*, fue muy amable e hicimos planes para encontrarnos el sábado en el café El Parnaso, del barrio de Coyoacán.

Así que el sábado a las 10.05 (él insistió en que nos encontráramos exactamente cinco minutos después de la hora), Javier Labrada, ataviado con una franela del *Fantasma de la ópera*, se acercó hasta mi mesa bajo el toldo del café. Aunque cuarentón, debido a que es un hombre rollizo y de tez rosada, hay algo infantil en su rostro. Su cabello rojizo adornado por hebras de plata y sus ojos de ágata son impresionantes. Es una cara que por su aparente inocencia y vulnerabilidad induce a escucharlo. Después de sentarse y ordenar un café, comenzó a narrar el último día de la vida de Manuel. Noté que hablaba moviendo sus manos como si estuviera espantando mariposas alrededor de su cabeza; por momentos parecía que estuviese tocando castañuelas. Estos eran los amaneramientos de Manuel, esos mismos que William Hurt copió para su puesta en escena de Molina en *El beso de la mujer araña*. Labrada se refería siempre a Manuel como *Rita* o *mi mami*. Durante casi dos horas y media habló sin parar. Como deseaba que se sintiera cómodo decidí no tomar notas. Cuando terminó, me sentía aturdido; he aquí lo que puedo recordar de nuestra conversación:

Le pregunté acerca del obituario del *New York Times* en el que Agustín García y él habían sido identificados como hijos de Puig, creando confusión entre quienes lo conocíamos. La indiferente explicación de Labrada fue: "Rita tenía dos hijas; Yasmin (Agustín García Gil) y Rebeca o Becky, que soy yo. Soy su hija con Orson Welles y Yasmin es su hija con Aga Khan. Yo heredé el cerebro de Rita y el físico de mi padre". Lo que pasó fue que cuando las agencias internacionales comenzaron a localizar a la familia tan pronto como se supo la noticia de la muerte, le preguntaron una y otra vez quién era, así que pensó que la mejor forma de hacerse cargo de todo era decir que era su hijo. Acerca de Agustín García Gil –la otra *hija*– me dijo que vivía en Monterrey. En una época fueron enemigos. Después de las visitas de Yasmin, Labrada solía preguntarle a Manuel: "¿Desinfectaste bien la casa?". No obstante, al final de la vida de Manuel se reconciliaron y hoy son dos buenas *hermanas*.

Labrada señala que ha recibido muchísimas críticas por hacerse pasar por el hijo de Manuel, que lo han acusado de haberlo hecho para quedarse con la herencia. Al momento de su muerte, la casa de Manuel estaba a nombre de Labrada, ya que como extranjero Puig no podía tener propiedades en México hasta tanto su situación no estuviese legalizada. "Podía haberme cruzado de brazos y no hacer nada, pero no podía hacerle eso a mi *mami*. Puse todo a nombre de la madre de *Rita*". Le pregunté por Carlos, aquel hermano salido de la nada. Labrada lo había conocido hacía algunos años en Buenos Aires y arrugaba la nariz cuando pronunciaba su nombre.

Le pregunté: "¿Manuel tenía SIDA?". Lo negó con vehemencia. Contestó que si Manuel no había visto a nadie era porque estaba arreglando la casa para recibir a sus amigos y admiradores. Y que si estaba tan delgado era porque se la pasaba haciendo dietas y porque era un adicto al ejercicio. Es más, que cuando los detalles finales de la casa estuvieron listos, Manuel había dicho: "Ahora comienza el glamour".

EL DÍA DE LA MUERTE. Habló prolijamente acerca de las obras de teatro de Manuel. Un par de semanas antes de mi llegada había terminado la temporada de *El misterio del ramo de rosas*, producida por Labrada. Me habló de su viaje a Hollywood con Manuel para la première de esta obra con Anne Bancroft y Jane Alexander como protagonistas. De acuerdo con Labrada, la crema y nata de Hollywood asistió: Sally Field, Daryl Hanna, Gena Rowlands. Bancroft había propuesto la obra para una película. También me contó de un viaje a Nueva York, un par de meses antes de la muerte de Puig para ver los ensayos finales de la ahora premiada comedia musical *El beso de la mujer araña*. Manuel se había disgustado mucho porque la versión musical de la novela homónima, en su ensayo general, había recibido críticas negativas. Sin embargo, resultó un éxito enorme en Broadway.

La charla se desvió hacia los amantes brasileños de Manuel, uno joven y otro viejo, casado –el obrero de la construcción–. Labrada caracterizó aquellas relaciones como "amores en las sombras. Ella (Manuel) era la otra". Pocas semanas antes de su muerte, Manuel recibió una postal del amante mayor en conmemoración de los 20 años de su primer encuentro. Este gesto romántico lo conmovió profundamente.

Me contó que Manuel se cuidaba mucho de hablar en femenino delante de su madre, pero que algunas veces ella utilizaba el género para referirse a Manuel o Javier, y que en ocasiones cuando estaba viendo una película en la casa, Manuel se le paraba detrás y, sin que ella se diera cuenta, bailaba el famoso número de Rita Hayworth en *Gilda*, *Put the Blame on Mame*, así como otras piezas reconocidas. Manuel le había hecho un horario a Doña Male, para que pudiese ver una película en la mañana y otra en la tarde.

Me contó que el domingo antes de la muerte de Manuel habían visto en video la película de John Ford, *The Lost Patrol*, y que a Manuel no le había gustado y la había quitado. Dos días después, Manuel comenzó a quejarse de dolores y a vomitar. Su médico estaba fuera de la ciudad y él empeoró con rapidez. Cuando un amigo recomendó que Puig fuese a un hospital para que lo operaran, él decidió ir a la Central Quirúrgica Las Palmas, una pequeña clínica privada en Cuernavaca. Empezó a delirar después de la operación, así que tuvieron que amarrarlo.

Labrada se alarmó con el estado de Manuel y para probar su lucidez comenzó a hacerle preguntas sobre *La vida privada de Don Juan* de Alexander Korda, con Douglas Fairbanks, padre, y Merle Oberon, que estaban proyectando esa noche en la televisión mexicana. Cuando Manuel respondió correctamente acerca de la trama, los actores y los detalles de la producción, Labrada decidió que no estaba tan enfermo. Poco a poco mejoró, y dos días antes de su muerte, los médicos dijeron que lo darían de alta el siguiente martes. El martes, poco después de la medianoche, Labrada recibió una llamada avisándole que Manuel había fallecido. Cuando llegó al hospital se encontró con que estaba cubierto con flores que Doña Male había hecho traer para él.

"No puedo perdonarle a esa mujer que me haya abandonado así", dijo Labrada suavemente, herido por la traición de su prematura muerte. "Sé que me la voy a encontrar en la próxima vida porque me quedaron pendientes muchas preguntas para ella."

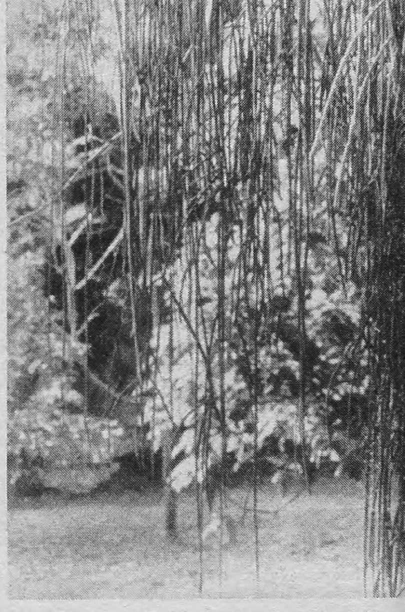
"Yo también", dije. Siento que la muerte de Manuel fue extemporánea. Tras un período durante el cual, debido a diversas razones, mi vida y mi carrera habían colapsado, apenas había empezado a recoger los pedazos en los últimos años y hubiera querido que Manuel me viese trabajando y publicando de nuevo. Algunos meses antes le había enviado un relato corto *El día que me besó Carmen Maura*, y me sentí feliz cuando me dijo que le había encantado.

Le pregunté a Labrada cómo se había recibido la muerte de Manuel en la prensa mexicana y en los círculos intelectuales del país. Un periódico, dijo, publicó la foto del ataúd de Manuel en el salón de la funeraria, que había sido cerrado esperando la llegada de la familia. El titular decía "¡Puig muere solo!". "Rita no estaba sola", comentó amargamente Labrada, "yo estuve con ella todo el tiempo". También habló de un servicio en su memoria, al cual asistieron numerosos intelectuales y diplomáticos argentinos y en el cual se desplegó ampliamente la bandera argentina.

CENIZAS EN LA CALLE ORQUÍDEA. Finalmente mencioné lo que más me inquietaba: ¿habían llevado las cenizas de Manuel a la Argentina? Después de haber recibido amenazas de muerte, tras la publicación de *The Buenos Aires Affair*, y de que *El beso de la mujer araña* fuera prohibido, Manuel se negó a retornar a su país.

Considerando que había hecho de no volver un punto de honor, aun cuando vivió al lado, en Brasil, durante diez años, sentía que había sido una burla a sus deseos, cuando ya no dependía de él, hacerlo regresar. "Mi *mami* y Doña Male eran ateas", dijo Javier. "*Mami* fue cremada y conservé sus cenizas durante siete meses."

La mejor respuesta que puedo darle a tu pregunta, dijo haciendo una pausa y asumiendo una pose enigmática heredada de Manuel, "es que me he fumado muchísimos cigarrillos en mi vida... quizá lo que se fue a la Argentina era la ceniza de mis cigarrillos... quizá derramé las cenizas de *mami* en la calle Orquídea de Cuernavaca, a la que amaba tanto". "¿Así que las cenizas que están en la Argentina son de cualquier cosa menos las de Manuel?", pregunté riéndome a carcajadas. "Te dejo con esa duda", contestó Labrada con expresión de niño travieso.



Javier Labrada se encarga de programar las películas de la televisión mexicana, y fue debido a esto que se inició su relación con Manuel, cuando éste visitó México en 1974 en un viaje de investigación para la versión mexicana cinematográfica de *El beso de la mujer araña*. Es obvio que Labrada adoraba a Manuel, que era su más ferviente admirador. Para Javier, Manuel era una diva, una superestrella. Aquella mañana, antes de despedirnos, le pregunté a Labrada por la última dirección de Manuel en Cuernavaca. Me la dio y se ofreció a llamar al vigilante para que yo pudiese ver la casa.

A la mañana siguiente, el amigo en cuya casa me estaba quedando se ofreció a llevarme hasta Cuernavaca, situada como a una hora de Ciudad de México, en un verde valle abrazado por redondeadas colinas. Es un pueblo donde la gente acomodada de la capital tiene casas para pasar los fines de semana. También viven allí cientos de jubilados norteamericanos, así como mucha gente que va a jugar tenis, nadar en las piscinas y

INVESTIGACION SOBRE LOS DIAS FINALES DEL ESCRITOR

EL ULTIMO PUIG

jas, que era como solía llamar a los numerosos jóvenes a los que era afecto. Sin embargo, los escritores gays que lo conocían se sintieron irritados porque la mención de los dos hijos lo hacía parecer, a los ojos de quienes no lo conocían, como si hubiese sido heterosexual.

La necrofilia es un impulso muy fuerte en la sociedad argentina y en la cultura latinoamericana. Poco después de la muerte de Puig, comenzó a tejerse una extraña mitología a su alrededor, como si él fuese una especie de Evita Perón de la literatura. Después de muerto se convirtió en una figura todavía más desconcertante de lo que había sido en vida. Aunque oficialmente murió de un ataque cardíaco, producto de una operación de la vesícula biliar, comencé a escuchar versiones que señalaban que estaba enfermo de SIDA. Algunas de las personas cercanas a él comenzaron a admitirlo con cierta renuencia, otras lo negaron vehementemente, como si haber contraído la enfermedad lo disminuyese y opacase sus logros. Después de todo, si la homosexualidad es el gran tabú de la cultura latinoamericana, el SIDA es poco menos que innombrable.

La pena por su muerte se prolongó durante el otoño. Ciertamente, él había sido mi *madre* literaria y yo estaba desconsolado como si hubiese muerto mi madre real. El duelo era una mezcla del hecho de que había demasiadas preguntas sin respuestas acerca de su muerte. Reinaldo Arenas, el otro gran escritor homosexual latinoamericano, amigo y vecino, insistía en que sabía de buena fuente que Manuel había muerto por complicaciones debidas al SIDA.

Fue entonces cuando decidí que viajaría a México a tratar de descubrir qué había sucedido con Manuel.

Llegué a México el 22 de julio de 1991. Fue sólo después de una semana de estar allí que caí en cuenta de que mi arribo había coincidido con el primer aniversario de la muerte de Manuel. El objetivo de mi viaje era tratar de hablar con Javier Labrada y Agustín García Gil, los *hijos*, y también ver la casa en que Manuel había muerto.

Llamé a Javier Labrada desde Nueva York para solicitarle una entrevista. Tenía su dirección y número de teléfono porque, durante un tiempo, mientras se instalaba en Cuernavaca, Manuel había recibido allí su correspondencia. Aceptó reunirse conmigo y me pidió que le llamara en cuanto llegara. Le telefoneé al día siguiente de aterrizar en Ciudad de México, pero no se encontraba, así que le dejé mensajes tanto en su casa como en su oficina. Mientras esperaba que se pusiera en contacto conmigo, llamé a mis otros conocidos en la ciudad para verlos. Cuando mencioné el propósito de mi viaje a los intelectuales a los que conocí, me dijeron que el rumor que circulaba en México era que Manuel había muerto de SIDA, ya que durante los ocho meses que vivió en Cuernavaca nadie lo había visto.

Otra teoría era que había muerto porque era tan tacaño que había escogido no ir a un buen hospital en Ciudad de México, cosa que ya había escuchado antes. Me contaron cómo Manuel había desperdiciado tres días críticos durante su enfermedad llamando a distintos hospitales preguntandopor las tarifas, y que había decidido quedarse en una clínica de Cuernavaca porque era la más barata. Se decía que "nadie en sus cabales se opera en Cuernavaca". Tres días después de mi llegada llamé nuevamente a Javier Labrada. Estaba en su oficina y, como buena *loca*, fue muy amable e hicimos planes para encontrarnos el sábado en el café El Parnaso, del barrio de Coyoacán.

Así que el sábado a las 10.05 (él insistió en que nos encontráramos exactamente cinco minutos después de la hora), Javier Labrada, ataviado con una franela del *Fantasma de la ópera*, se acercó hasta mi mesa bajo el toldo del café. Aunque cuarentón, debido a que es un hombre rollizo y de tez rosada, hay algo infantil en su rostro. Su cabello rojizo adornado por hebras de plata y sus ojos de ágata son impresionantes. Es una cara que por su aparente inocencia y vulnerabilidad induce a escucharlo. Después de sentarse y ordenar un café, comenzó a narrar el último día de la vida de Manuel. Noté que hablaba moviendo sus manos como si estuviera espantando mariposas alrededor de su cabeza; por momentos parecía que estuviese tocando castañuelas. Estos eran los amaneramientos de Manuel, esos mismos que William Hurt copió para su puesta en escena de Molina en *El beso de la mujer araña*. Labrada se refería siempre a Manuel como *Rita* o *mi mami*. Durante casi dos horas y media habló sin parar. Como deseaba que se sintiera cómodo decidí no tomar notas. Cuando terminó, me sentía aturdido; he aquí lo que puedo recordar de nuestra conversación:

Le pregunté acerca del obituario del *New York Times* en el que Agustín García y él habían sido identificados como hijos de Puig, creando confusión entre quienes lo conocíamos. La indiferente explicación de Labrada fue: "Rita tenía dos hijas; Yasmin (Agustín García Gil) y Rebeca o Becky, que soy yo. Soy su hija con Orson Welles y Yasmin es su hija con Aga Khan. Yo heredé el cerebro de Rita y el físico de mi padre". Lo que pasó fue que cuando las agencias internacionales comenzaron a localizar a la familia tan pronto como se supo la noticia de la muerte, le preguntaron una y otra vez quién era, así que pensó que la mejor forma de hacerse cargo de todo era decir que era su hijo. Acerca de Agustín García Gil –la otra *hija*– me dijo que vivía en Monterrey. En una época fueron enemigos. Después de las visitas de Yasmin, Labrada solía preguntarle a Manuel: "¿Desinfectaste bien la casa?". No obstante, al final de la vida de Manuel se reconciliaron y hoy son dos buenas *hermanas*.

Labrada señala que ha recibido muchísimas críticas por hacerse pasar por el hijo de Manuel, que lo han acusado de haberlo hecho para quedarse con la herencia. Al momento de su muerte, la casa de Manuel estaba a nombre de Labrada, ya que como extranjero Puig no podía tener propiedades en México hasta tanto su situación no estuviese legalizada. "Podía haberme cruzado de brazos y no hacer nada, pero no podía hacerle eso a mi *mami*. Puse todo a nombre de la madre de *Rita*". Le pregunté por Carlos, aquel hermano salido de la nada. Labrada lo había conocido hacía algunos años en Buenos Aires y arrugaba la nariz cuando pronunciaba su nombre.

Le pregunté: "¿Manuel tenía SIDA?". Lo negó con vehemencia. Contestó que si Manuel no había visto a nadie era porque estaba arreglando la casa para recibir a sus amigos y admiradores. Y que si estaba tan delgado era porque se la pasaba haciendo dietas y porque era un adicto al ejercicio. Es más, que cuando los detalles finales de la casa estuvieron listos, Manuel había dicho: "Ahora comienza el glamour".

EL DÍA DE LA MUERTE. Habló prolijamente acerca de las obras de teatro de Manuel. Un par de semanas antes de mi llegada había terminado la temporada de *El misterio del ramo de rosas*, producida por Labrada. Me habló de su viaje a Hollywood con Manuel para la première de esta obra con Anne Bancroft y Jane Alexander como protagonistas. De acuerdo con Labrada, la crema y nata de Hollywood asistió: Sally Field, Daryl Hanna, Gena Rowlands. Bancroft había propuesto la obra para una película. También me contó de un viaje a Nueva York, un par de meses antes de la muerte de Puig para ver los ensayos finales de la ahora premiada comedia musical *El beso de la mujer araña*. Manuel se había disgustado mucho porque la versión musical de la novela homónima, en su ensayo general, había recibido críticas negativas. Sin embargo, resultó un éxito enorme en Broadway.

La charla se desvió hacia los amantes brasileños de Manuel, uno joven y otro viejo, casado –el obrero de la construcción–. Labrada caracterizó aquellas relaciones como "amores en las sombras. Ella (Manuel) era la otra". Pocas semanas antes de su muerte, Manuel recibió una postal del amante mayor en conmemoración de los 20 años de su primer encuentro. Este gesto romántico lo conmovió profundamente.

Me contó que Manuel se cuidaba mucho de hablar en femenino delante de su madre, pero que algunas veces ella utilizaba el género para referirse a Manuel o Javier, y que en ocasiones cuando estaba viendo una película en la casa, Manuel se le paraba detrás y, sin que ella se diera cuenta, bailaba el famoso número de Rita Hayworth en *Gilda*, *Put the Blame on Mame*, así como otras piezas reconocidas. Manuel le había hecho un horario a Doña Male, para que pudiese ver una película en la mañana y otra en la tarde.

Me contó que el domingo antes de la muerte de Manuel habían visto en video la película de John Ford, *The Lost Patrol*, y que a Manuel no le había gustado y la había quitado. Dos días después, Manuel comenzó a quejarse de dolores y a vomitar. Su médico estaba fuera de la ciudad y él empeoró con rapidez. Cuando un amigo recomendó que Puig fuese a un hospital para que lo operaran, él decidió ir a la Central Quirúrgica Las Palmas, una pequeña clínica privada en Cuernavaca. Empezó a delirar después de la operación, así que tuvieron que amarrarlo.

Labrada se alarmó con el estado de Manuel y para probar su lucidez comenzó a hacerle preguntas sobre *La vida privada de Don Juan* de Alexander Korda, con Douglas Fairbanks, padre, y Merle Oberon, que estaban proyectando esa noche en la televisión mexicana. Cuando Manuel respondió correctamente acerca de la trama, los actores y los detalles de la producción, Labrada decidió que no estaba tan enfermo. Poco a poco mejoró, y dos días antes de su muerte, los médicos dijeron que lo darían de alta el siguiente martes. El martes, poco después de la medianoche, Labrada recibió una llamada avisándole que Manuel había fallecido. Cuando llegó al hospital se encontró con que estaba cubierto con flores que Doña Male había hecho traer para él.

"No puedo perdonarle a esa mujer que me haya abandonado así", dijo Labrada suavemente, herido por la traición de su prematura muerte. "Sé que me la voy a encontrar en la próxima vida porque me quedaron pendientes muchas preguntas para ella."

"Yo también", dije. Siento que la muerte de Manuel fue extemporánea. Tras un período durante el cual, debido a diversas razones, mi vida y mi carrera habían colapsado, apenas había empezado a recoger los pedazos en los últimos años y hubiera querido que Manuel me viese trabajando y publicando de nuevo. Algunos meses antes le había enviado un relato corto *El día que me besó Carmen Maura,* y me sentí feliz cuando me dijo que le había encantado.

Le pregunté a Labrada cómo se había recibido la muerte de Manuel en la prensa mexicana y en los círculos intelectuales del país. Un periódico, dijo, publicó la foto del ataúd de Manuel en el salón de la funeraria, que había sido cerrado esperando la llegada de la familia. El titular decía "¡Puig muere solo!". "Rita no estaba sola", comentó amargamente Labrada, "yo estuve con ella todo el tiempo". También habló de un servicio en su memoria, al cual asistieron numerosos intelectuales y diplomáticos argentinos y en el cual se desplegó ampliamente la bandera argentina.

CENIZAS EN LA CALLE ORQUÍDEA. Finalmente mencionó lo que más me inquietaba: ¿habían llevado las cenizas de Manuel a la Argentina? Después de haber recibido amenazas de muerte, tras la publicación de *The Buenos Aires Affair*, y de que *El beso de la mujer araña* fuera prohibido, Manuel se negó a retornar a su país.

Considerando que había hecho de no volver un punto de honor, aun cuando vivió al lado, en Brasil, durante diez años, sentía que había sido una burla a sus deseos, cuando ya no dependía de él, hacerlo regresar. "Mi *mami* y Doña Male eran ateas", dijo Javier. "*Mami* fue cremada y conservé sus cenizas durante siete meses."

La mejor respuesta que puedo darle a tu pregunta, dijo haciendo una pausa y asumiendo una pose enigmática heredada de Manuel, "es que me he fumado muchísimos cigarrillos en mi vida... quizá lo que se fue a la Argentina era la ceniza de mis cigarrillos... quizá derramé las cenizas de *mami* en la calle Orquídea de Cuernavaca, a la que amaba tanto". "¿Así que las cenizas que están en la Argentina son de cualquier cosa menos las de Manuel?", pregunté riéndome a carcajadas. "Te dejo con esa duda", contestó Labrada con expresión de niño travieso.

Javier Labrada se encarga de programar las películas de la televisión mexicana, y fue debido a esto que se inició su relación con Manuel, cuando éste visitó México en 1974 en un viaje de investigación para la versión mexicana cinematográfica de *El beso de la mujer araña*. Es obvio que Labrada adoraba a Manuel, que era su más ferviente admirador. Para Javier, Manuel era una diva, una superestrella. Aquella mañana, antes de despedirnos, le pregunté a Labrada por la última dirección de Manuel en Cuernavaca. Me la dio y se ofreció a llamar al vigilante para que yo pudiese ver la casa.

A la mañana siguiente, el amigo en cuya casa me estaba quedando se ofreció a llevarme hasta Cuernavaca, situada como a una hora de Ciudad de México, en un verde valle abrazado por redondeadas colinas. Es un pueblo donde la gente acomodada de la capital tiene casas para pasar los fines de semana. También viven allí cientos de jubilados norteamericanos, así como mucha gente que va a jugar tenis, nadar en las piscinas y tostarse al sol. Entre ellos, García Márquez, Carlos Fuentes, María Félix y otras celebridades locales e internacionales. También el difunto John Huston y Helen Hayes fueron dueños de propiedades en Cuernavaca. El principal atractivo del lugar es su clima primaveral, libre de la contaminación de Ciudad de México. Por otra parte, como está más cercana al nivel del mar, tiene una vegetación fresca y festiva que refleja la policromía de los trajes y artesanías mexicanos. Manuel me había dicho que era básicamente por su "delicioso clima" que había decidido instalarse allí.

La ciudad tiene estrechas calles tortuosas que suben y bajan; muchos de sus parques, plazas y bulevares están cubiertos por una frondosa vegetación. Todas las casas grandes están escondidas tras altos muros algunas veces pintados de un solo e imponente color que pareciera salir de la imaginación del elegantemente visionario arquitecto Luis Barragán. Sobre los muros, ramilletes de buganvillas rojas, blancas, anaranjadas y púrpura se derraman sobre la calle.

ULTIMO HOGAR. Era la una de la tarde cuando llegamos al Nº 210 de la calle Orquídea y tocamos el timbre. Durante al menos diez minutos, nos quedamos ahí, golpeando la ancha puerta negra de metal, y llamando a gritos, pero no hubo respuesta. La única cosa que podía ver desde la calle era la punta del plato de la antena parabólica. Ya estábamos de regreso en el auto, con el motor encendido, cuando un niño abrió la pesada puerta de metal. En mi nerviosismo balbuceé un largo discurso explicando que era alumno de Manuel y que había hecho un largo viaje desde Nueva York para ver la casa. El chico, que no tendría más de diez años, parecía aturdido, pero nos invitó a pasar. Fue mucho después que me percaté de que, como la casa estaba en venta, me la hubieran mostrado de todas formas.

Aunque había imaginado que la casa sería hermosa, el lugar era mucho más suntuoso de lo que nunca podía haber imaginado. Está distribuida en cuatro niveles. La casa principal está a la derecha de la entrada. Es una estructura moderna, en la que predomina el vidrio y que fue construida quizás hace unos 30 años. Detrás unos amplios jardines, y frente a ellos un lecho de cientos de gardenias blancas en flor y de diminutas matas de magnolias. Desde este lugar pueden contemplarse las azules montañas del valle donde se asienta Cuernavaca. No entramos al edificio principal pero continuamos caminando. Noté una gran profusión de árboles frutales y el seto que separaba un nivel del otro. Tejidas sobre los setos, largas trenzas de cayenas rojo fuego a las que les dicen *llamarada*. Mi amigo me hizo notar que los setos eran regios, como aquellos que aparecen en *Relaciones peligrosas*. Mientras descendíamos, a nuestra izquierda, un jardín de paltas, guayabas, naranjas, ciruelas y mandarinas. Tras aquellos árboles, encajonados en paredes de buganvillas multicolores, se encontraba una estructura de dos pisos a la cual el muchacho se refería como "el bungalow". Javier Labrada me había dicho que Manuel no había terminado de amoblar el segundo piso, que estaba destinado a ser la casa de huéspedes. Este consiste en una amplia sala, una cocina muy espaciosa y dos habitaciones con baño.

Salimos de esa casa y bajamos por una escalera hasta el primer piso, al estudio de Manuel, un lugar con altas ventanas de cristal y del tamaño de un *loft* del Soho. Lo primero que noté fueron los afiches montados recostados contra la pared. Había uno grande de la versión cinematográfica argentina de *Boquitas pintadas* y también de algunos de los montajes teatrales de *El beso de la mujer araña* en alemán, portugués, español, italiano y francés. Aunque pocos días antes se habían enviado 16 cajas de libros y documentos a una universidad estadounidense, aún quedaban remanentes de la biblioteca de Manuel en las estanterías de metal de doce tramos, uno de los cuales contenía cientos de volúmenes de sus trabajos traducidos a por lo menos una docena de idiomas. Dos pilas de pequeñas libretas, con la inscripción *Diario*, me llamaron la atención. Revisé muchas de ellas y contenían casi exclusivamente un recuento detallado de las películas que veía, las cartas que recibía. Mucho de estos cuadernos pertenecían al período neoyorquino de Puig. Al abrir uno al azar vi que, para el 10 de enero de 1976, tenía: *They Drive by Night, A Date, with Judy, Nancy Goes to Río.* Al día siguiente, un domingo la lista era: *If I had a Millon, The Falcon in Hollywood*, el musical de Stephen Sondheim *Pacific Overtures* y algo llamado *Novak's Bondage*. Casi todos los días tenía anotadas tres o cuatro películas.

Estaba revisando las libretas cuando entró el padre del muchacho, el encargado. Adán Mendiolo García tiene cuarenta y tantos años, oscuro bronceado de surfista, bigotes negros y rasgos atractivos. Vestía una franela blanca, una gorra roja de béisbol, blue jeans desteñidos y zapatos de goma. Dijo que por ahora cuidaba la casa, hasta que ésta fuera vendida, pero que había sido el chofer y jardinero de Manuel y que vivía en los predios con su esposa, quien hacía la limpieza del lugar, y sus hijos.

Me sentía muy conmovido por los libros y los afiches, por la belleza de aquel cuarto inundado de luz y por el tamaño del estudio, que era al menos diez veces más amplio que el cuchitril en el cual Manuel había vivido en Bedford Street. Sentí un dolor punzante cuando don Adán me contó que Manuel había muerto cuatro días antes de completar los detalles finales de aquel estudio.

Al dejar ese cuarto, vimos debajo de nosotros, en un prado de grama color verde lima, una gran piscina púrpura, el agua tallada por los reflejos del sol. Manuel y su madre habían nadado a diario durante años. Don Adán comentó que antes había allí una cancha de tenis pero que Manuel había ordenado quitarla para construir la piscina. "No llegó a nadar allí sino unas diez veces", murmuró don Adán. La pileta, de una belleza surrealista, parecía una enorme pintura de David Hockney. A su derecha, en el último nivel, estaba la casa donde vivían don Adán y su familia.

Por último, llegamos al primer nivel, donde vivían Manuel y su madre. El primer cuarto al que entramos fue el de Doña Male. Al lado, el cuarto de las películas, que también le sirvió de estudio mientras remodelaban el otro lugar. Todavía estaba allí una oscura repisa de troncos de árbol sobre la cual descansaban la televisión y el VHS. Luego caminamos por un pasillo que llevaba al otro lado de la casa. En un nivel inferior había una habitación de huéspedes que don Adán describió como "el cuarto de don Javier". El armario, de unos tres metros de alto, había estado atiborrado con miles de videos cinematográficos de Manuel, explicó don Adán.

Detrás de ese cuarto está la cocina, que Manuel redecoró con una madera de color claro muy delicado. Estaba allí parado, conversando, cuando del fregadero salió una inmensa araña. Grité: "¡La mujer araña!", ante lo cual don Adán rió de buena gana. Seguidamente visitamos el cuarto de Manuel, que también tenía su baño. Directamente enfrente hay una salita con una chimenea y grandes ventanales: ésta funcionaba como sala de estar y comedor. De acuerdo con Javier Labrada, todo había estado decorado con antigüedades de art noveau, y las cortinas eran de un color que Manuel describía como melón austríaco.

Cerré los ojos tratando de imaginar aquel espacio completamente desnudo, ornado con los objetos que Manuel había ido coleccionado a lo largo de la última década de su existencia y con unas cortinas sacadas de una comedia musical en tecnicolor de la MGM o de una fantasía vienesa de Ernst Lubitsch.

PREMONICIONES. Mi amigo y la familia de don Adán salieron del cuarto, pero yo me senté en una silla al lado de una pared próxima a una mesita de teléfono con por lo menos una docena de cartas de todas partes del mundo dirigidas a Doña María Elena de Puig. También había algunos estados de cuenta bancarios dirigidos a Manuel. Entonces, don Adán me preguntó cuánto había conocido a Manuel. Le conté que había sido su alumno y luego su amigo durante 15 años, y cómo lo repentino de su muerte me había afectado y que ésa era la razón por la cual había decidido viajar desde Nueva York para tratar de encontrar respuestas a las preguntas que se amontonaban en mi cabeza. Don Adán sonrió. "No sabe cuántos periodistas estuvieron tratando de husmear por aquí después de su muerte, pero me negué a hablar con ellos", dijo. "No haría nada que pudiese dañar a don Manuel o a la familia. El era un hombre muy bueno. Yo no lo habría cambiado por un puñado de dinero."

Entendí que ahora, un año después de su muerte, don Adán quería descargarse de recuerdos y sentimientos. Al principio, sus evocaciones tenían la disparidad de los pensamientos que se agolpan en la mente salidos de ninguna parte. Habló de cómo llevaba a Manuel en el auto hasta la ciudad para ir al banco. "Don Manuel iba con aquellas sandalias viejas y yo le decía 'Don Manuel, no puede ir a la ciudad así. Tiene que ponerse unos zapatos', y él respondía: 'Pero es que no tengo zapatos buenos'. Sacaba montones de dinero del banco en una vieja y sucia bolsa de papel", contaba sonriendo, "y luego nos íbamos de compras. Entonces, de camino a casa, yo le preguntaba por la bolsa y él respondía 'no tengo idea de dónde está'. Regresábamos al último lugar donde habíamos estado y por supuesto la bolsa estaba allí. ¿Quién pensaría en llevarse aquella bolsa horrible?".

Hizo una pausa y se puso pensativo. "Es curioso cómo a veces predecimos nuestra propia muerte", soltó. "Unos meses antes de morir me dijo un día en el auto: 'Tú eres la persona indicada para cuidar a mamá cuando yo ya no esté'. '¿Qué cosas está diciendo, don Manuel?', le repliqué. 'Usted es quien se va a ocupar de su madre. ¿Por qué dice esas cosas?'". Estaba claro que este hombre había querido a Manuel y que, a su vez, éste había apreciado el regalo de su presencia durante los últimos ocho meses de su vida. Cuando pienso en él la primera imagen que conjuro es su naturaleza gentil y pensativa. Probablemente, mucha de la gente que lo quiso, como este hombre, poseía algunas de las mismas cualidades.

Habló ávidamente sobre un suceso que había cambiado su vida y la de su familia y que aún, después de un año, lo atenazaba. Su versión de lo ocurrido se contradecía con lo que me había contado Labrada. Al principio, había un dejo de profunda tristeza en su tono mientras describía, con la misma atención que pone un juglar en los detalles importantes, los acontecimientos que concluyeron con la muerte de Manuel. El lunes 16 de julio Manuel comenzó a tener cólicos, vómitos, escalofríos y diarrea. Manuel bebía té y se negaba a hacer nada para remediar su estado.

Al día siguiente, se encontraba peor aún, pero no quiso llamar a nadie porque su médico en Cuernavaca estaba de vacaciones. Para el miércoles, su situación había empeorado tanto que llamaron a un médico. Luego de un breve reconocimiento, recomendó que lo llevaran inmediatamente al hospital. Fue entonces cuando Manuel decidió ir a la Central Quirúrgica Las Palmas. En ese momento ya estaba tan débil que don Adán tuvo que alzarlo hasta el auto. Le hicieron radiografías y éstas revelaron que era necesario extirparle la vesícula biliar; la operación se llevó a cabo.

Los primeros síntomas de que algo no estaba bien se hicieron presentes cuando pasó el efecto de la anestesia. Estaba delirante y muy nervioso. Comenzó a actuar de forma irracional y se arrancaba las agujas de suero de los brazos. "Solamente estaba asustado", apunta don Adán. Debido a que no se quedaba quieto, decidieron amarrarlo. Don Adán pidió correas especiales que no le maltrataran las muñecas y Manuel fue asegurado a la cama.

HISTORIA DE LA MUERTE. Comenzó a deteriorarse. Javier Labrada vino a visitarlo, y Male de Puig y don Adán estuvieron al pie del lecho todo el tiempo. Al día siguiente, el médico le pidió a don Adán que saliera un momento del cuarto. Afuera, le preguntó si Manuel era homosexual. Don Adán se puso furioso. "Usted sabe cómo era don Manuel", me dijo. "Yo me sentía indignado. No podía creer en la falta de delicadeza, de aquel médico. Dije que nunca había visto nada que me lo hiciera suponer, y de todas maneras, ¿qué importaba?"

Fue entonces cuando lo presioné. "¿Le preguntaron si Manuel era homosexual porque le dijeron que tenía SIDA?" Don Adán se recostó pesadamente en la pared, su cara se le hundió en el pecho y, mirando al suelo, permaneció en silencio. Después de un rato, aún con la cabeza gacha, pero en un tono de rabia contenida, explotó. "El dueño del hospital fue muy malo con don Manuel. Las cosas que podría contar si quisiera hablar. Pero, ¿para qué? Don Manuel tenía gran dificultad para respirar, su boca estaba abierta todo el tiempo. Yo le daba unas gotas de agua y trataba de cerrarle la boca. Su lengua comenzó a salirse y luego se puso verde... Les supliqué que le abrieran la garganta para que pudiera respirar... Estaba fuera del cuarto a las 3.30 de la madrugada del martes cuando un médico me llamó. Me preguntó ¿conoce usted a Manuel Puig? Asentí. 'Ha muerto.' Entré. Estaba en la cama con los ojos muy abiertos, mirando a la lámpara del techo. Parecía que lo hubieran espantado antes de morir. Le cerré los ojos".

Según la versión de don Adán, Doña Male de Puig aceptó la muerte de Manuel con mucha calma. Pensé: casi como si la hubiese estado esperando. Conversamos un rato más y luego salimos a la tarde luminosa. El olor de las gardenias era embriagador. Se lo comenté. "En la noche, cuando todas se abren, un olor dulce se mete

TIMO
IG

tostarse al sol. Entre ellos, García Márquez, Carlos Fuentes, María Félix y otras celebridades locales e internacionales. También el difunto John Huston y Helen Hayes fueron dueños de propiedades en Cuernavaca. El principal atractivo del lugar es su clima primaveral, libre de la contaminación de Ciudad de México. Por otra parte, como está más cercana al nivel del mar, tiene una vegetación fresca y festiva que refleja la policromía de los trajes y artesanías mexicanos. Manuel me había dicho que era básicamente por su "delicioso clima" que había decidido instalarse allí.

La ciudad tiene estrechas calles tortuosas que suben y bajan; muchos de sus parques, plazas y bulevares están cubiertos por una frondosa vegetación. Todas las casas grandes están escondidas tras altos muros algunas



veces pintados de un solo e imponente color que pareciera salir de la imaginación del elegantemente visionario arquitecto Luis Barragán. Sobre los muros, ramilletes de buganvillas rojas, blancas, anaranjadas y púrpura se derraman sobre la calle.

ULTIMO HOGAR. Era la una de la tarde cuando llegamos al Nº 210 de la calle Orquídea y tocamos el timbre. Durante al menos diez minutos, nos quedamos ahí, golpeando la ancha puerta negra de metal, y llamando a gritos, pero no hubo respuesta. La única cosa que podía ver desde la calle era la punta del plato de la antena parabólica. Ya estábamos de regreso en el auto, con el motor encendido, cuando un niño abrió la pesada puerta de metal. En mi nerviosismo balbuceé un largo discurso explicando que era alumno de Manuel y que había hecho un largo viaje desde Nueva York para ver la casa. El chico, que no tendría más de diez años, parecía aturdido, pero nos invitó a pasar. Fue mucho después que me percaté de que, como la casa estaba en venta, me la hubieran mostrado de todas formas.

Aunque había imaginado que la casa sería hermosa, el lugar era mucho más suntuoso de lo que nunca podía haber imaginado. Está distribuida en cuatro niveles. La casa principal está a la derecha de la entrada. Es una estructura moderna, en la que predomina el vidrio y que fue construida quizás hace unos 30 años. Detrás unos amplios jardines, y frente a ellos un lecho de cientos de gardenias blancas en flor y de diminutas matas de magnolias. Desde este lugar pueden contemplarse las azules montañas del valle donde se asienta Cuernavaca. No entramos al edificio principal pero continuamos caminando. Noté una gran profusión de árboles frutales y el seto que separaba un nivel del otro. Tejidas sobre los setos, largas trenzas de cayenas rojo fuego a las que les dicen *llamarada*. Mi amigo me hizo notar que los setos eran regios, como aquellos que aparecen en *Relaciones peligrosas*. Mientras descendíamos, a nuestra izquierda, un jardín de paltas, guayabas, naranjas, ciruelas y mandarinas. Tras aquellos árboles, encajonados en paredes de buganvillas multicolores, se encontraba una estructura de dos pisos a la cual el muchacho se refería como "el bungalow". Javier Labrada me había dicho que Manuel no había terminado de amoblar el segundo piso, que estaba destinado a ser la casa de huéspedes. Este consiste en una amplia sala, una cocina muy espaciosa y dos habitaciones con baño.

Salimos de esa casa y bajamos por una escalera hasta el primer piso, al estudio de Manuel, un lugar con altas ventanas de cristal y del tamaño de un *loft* del Soho. Lo primero que noté fueron los afiches montados recostados contra la pared. Había uno grande de la versión cinematográfica argentina de *Boquitas pintadas* y también de algunos de los montajes teatrales de *El beso de la mujer araña* en alemán, portugués, español, italiano y francés. Aunque pocos días antes se habían enviado 16 cajas de libros y documentos a una universidad estadounidense, aún quedaban remanentes de la biblioteca de Manuel en las estanterías de metal de doce tramos, uno de los cuales contenía cientos de volúmenes de sus trabajos traducidos a por lo menos una docena de idiomas. Dos pilas de pequeñas libretas, con la inscripción *Diario*, me llamaron la atención. Revisé muchas de ellas y contenían casi exclusivamente un recuento detallado de las películas que veía, las cartas que recibía. Mucho de estos cuadernos pertenecían al período neoyorquino de Puig. Al abrir uno al azar vi que, para el 10 de enero de 1976, tenía: *They Drive by Night, A Date, with Judy, Nancy Goes to Río*. Al día siguiente, un domingo la lista era: *If I had a Millon, The Falcon in Hollywood*, el musical de Stephen Sondheim *Pacific Overtures* y algo llamado *Novak's Bondage*. Casi todos los días tenía anotadas tres o cuatro películas.

Estaba revisando las libretas cuando entró el padre del muchacho, el encargado. Adán Mendiolo García tiene cuarenta y tantos años, oscuro bronceado de surfista, bigotes negros y rasgos atractivos. Vestía una franela blanca, una gorra roja de béisbol, blue jeans desteñidos y zapatos de goma. Dijo que por ahora cuidaba la casa, hasta que ésta fuera vendida, pero que había sido el chofer y jardinero de Manuel y que vivía en los predios con su esposa, quien hacía la limpieza del lugar, y sus hijos.

Me sentía muy conmovido por los libros y los afiches, por la belleza de aquel cuarto inundado de luz y por el tamaño del estudio, que era al menos diez veces más amplio que el cuchitril en el cual Manuel había vivido en Bedford Street. Sentí un dolor punzante cuando don Adán me contó que Manuel había muerto cuatro días antes de completar los detalles finales de aquel estudio.

Al dejar ese cuarto, vimos debajo de nosotros, en un prado de grama color verde lima, una gran piscina púrpura, el agua tallada por los reflejos del sol. Manuel y su madre habían nadado a diario durante años. Don Adán comentó que antes había allí una cancha de tenis pero que Manuel había ordenado quitarla para construir la piscina. "No llegó a nadar allí sino unas diez veces", murmuró don Adán. La pileta, de una belleza surrealista, parecía una enorme pintura de David Hockney. A su derecha, en el último nivel, estaba la casa donde vivían don Adán y su familia.

Por último, llegamos al primer nivel, donde vivían Manuel y su madre. El primer cuarto al que entramos fue el de Doña Male. Al lado, el cuarto de las películas, que también le sirvió de estudio mientras remodelaban el otro lugar. Todavía estaba allí una oscura repisa de troncos de árbol sobre la cual descansaban la televisión y el VHS. Luego caminamos por un pasillo que llevaba al otro lado de la casa. En un nivel inferior había una habitación de huéspedes que don Adán describió como "el cuarto de don Javier". El armario, de unos tres metros de alto, había estado atiborrado con miles de videos cinematográficos de Manuel, explicó don Adán.

Detrás de ese cuarto está la cocina, que Manuel redecoró con una madera de color claro muy delicado. Estaba allí parado, conversando, cuando del fregadero salió una inmensa araña. Grité: "¡La mujer araña!", ante lo cual don Adán rió de buena gana. Seguidamente visitamos el cuarto de Manuel, que también tenía su baño. Directamente enfrente hay una salita con una chimenea y grandes ventanales: ésta funcionaba como sala de estar y comedor. De acuerdo con Javier Labrada, todo había estado decorado con antigüedades de art noveau, y las cortinas eran de un color que Manuel describía como melón austríaco.

Cerré los ojos tratando de imaginar aquel espacio completamente desnudo, ornado con los objetos que Manuel había ido coleccionado a lo largo de la última década de su existencia y con unas cortinas sacadas de una comedia musical en tecnicolor de la MGM o de una fantasía vienesa de Ernst Lubitsch.

PREMONICIONES. Mi amigo y la familia de don Adán salieron del cuarto, pero yo me senté en una silla al lado de una pared próxima a una mesita de teléfono con por lo menos una docena de cartas de todas partes del mundo dirigidas a Doña María Elena de Puig. También había algunos estados de cuenta bancarios dirigidos a Manuel. Entonces, don Adán me preguntó cuánto había conocido a Manuel. Le conté que había sido su alumno y luego su amigo durante 15 años, y cómo lo repentino de su muerte me había afectado y que ésa era la razón por la cual había decidido viajar desde Nueva York para tratar de encontrar respuestas a las preguntas que se amontonaban en mi cabeza. Don Adán sonrió. "No sabe cuántos periodistas estuvieron tratando de husmear por aquí después de su muerte, pero me negué a hablar con ellos", dijo. "No haría nada que pudiese dañar a don Manuel o a la familia. El era un hombre muy bueno. Yo no lo habría cambiado por un puñado de dinero."

Entendí que ahora, un año después de su muerte, don Adán quería descargarse de recuerdos y sentimientos. Al principio, sus evocaciones tenían la disparidad de los pensamientos que se agolpan en la mente salidos de ninguna parte. Habló de cómo llevaba a Manuel en el auto hasta la ciudad para ir al banco. "Don Manuel iba con aquellas sandalias viejas y yo le decía `Don Manuel, no puede ir a la ciudad así. Tiene que ponerse unos zapatos', y él respondía: 'Pero es que no tengo zapatos buenos'. Sacaba montones de dinero del banco en una vieja y sucia bolsa de papel", contaba sonriendo, "y luego nos íbamos de compras. Entonces, de camino a casa, yo le preguntaba por la bolsa y él respondía 'no tengo idea de dónde está'. Regresábamos al último lugar donde habíamos estado y por supuesto la bolsa estaba allí. ¿Quién pensaría en llevarse aquella bolsa horrible?".

Hizo una pausa y se puso pensativo. "Es curioso cómo a veces predecimos nuestra propia muerte", soltó. "Unos meses antes de morir me dijo un día en el auto: 'Tú eres la persona indicada para cuidar a mamá cuando yo ya no esté'. '¿Qué cosas está diciendo, don Manuel?', le repliqué. 'Usted es quien se va a ocupar de su madre. ¿Por qué dice esas cosas?'". Estaba claro que este hombre había querido a Manuel y que, a su vez, éste había apreciado el regalo de su presencia durante los últimos ocho meses de su vida. Cuando pienso en él la primera imagen que conjuro es su naturaleza gentil y pensativa. Probablemente, mucha de la gente que lo quiso, como este hombre, poseía algunas de las mismas cualidades.

Habló ávidamente sobre un suceso que había cambiado su vida y la de su familia y que aún, después de un año, lo atenazaba. Su versión de lo ocurrido se contradecía con lo que me había contado Labrada. Al principio, había un dejo de profunda tristeza en su tono mientras describía, con la misma atención que pone un juglar en los detalles importantes, los acontecimientos que concluyeron con la muerte de Manuel. El lunes 16 de julio Manuel comenzó a tener cólicos, vómitos, escalofríos y diarrea. Manuel bebía té y se negaba a hacer nada para remediar su estado.

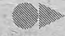
Al día siguiente, se encontraba peor aún, pero no quiso llamar a nadie porque su médico en Cuernavaca estaba de vacaciones. Para el miércoles, su situación había empeorado tanto que llamaron a un médico. Luego de un breve reconocimiento, recomendó que lo llevaran inmediatamente al hospital. Fue entonces cuando Manuel decidió ir a la Central Quirúrgica Las Palmas. En ese momento ya estaba tan débil que don Adán tuvo que alzarlo hasta el auto. Le hicieron radiografías y éstas revelaron que era necesario extirparle la vesícula biliar; la operación se llevó a cabo.

Los primeros síntomas de que algo no estaba bien se hicieron presentes cuando pasó el efecto de la anestesia. Estaba delirante y muy nervioso. Comenzó a actuar de forma irracional y se arrancaba las agujas de suero de los brazos. "Solamente estaba asustado", apunta don Adán. Debido a que no se quedaba quieto, decidieron amarrarlo. Don Adán pidió correas especiales que no le maltrataran las muñecas y Manuel fue asegurado a la cama.

HISTORIA DE LA MUERTE. Comenzó a deteriorarse. Javier Labrada vino a visitarlo, y Male de Puig y don Adán estuvieron al pie del lecho todo el tiempo. Al día siguiente, el médico le pidió a don Adán que saliera un momento del cuarto. Afuera, le preguntó si Manuel era homosexual. Don Adán se puso furioso. "Usted sabe cómo era don Manuel", me dijo. "Yo me sentía indignado. No podía creer en la falta de delicadeza, de aquel médico. Dije que nunca había visto nada que me lo hiciera suponer, y de todas maneras, ¿qué importaba?"

Fue entonces cuando lo presioné. "¿Le preguntaron si Manuel era homosexual porque le dijeron que tenía SIDA?" Don Adán se recostó pesadamente en la pared, su cara se le hundió en el pecho y, mirando al suelo, permaneció en silencio. Después de un rato, aún con la cabeza gacha, pero en un tono de rabia contenida, explotó. "El dueño del hospital fue muy malo con don Manuel. Las cosas que podría contar si quisiera hablar. Pero, ¿para qué? Don Manuel tenía gran dificultad para respirar, su boca estaba abierta todo el tiempo. Yo le daba unas gotas de agua y trataba de cerrarle la boca. Su lengua comenzó a salirse y luego se puso verde... Les supliqué que le abrieran la garganta para que pudiera respirar... Estaba fuera del cuarto a las 3.30 de la madrugada del martes cuando un médico me llamó. Me preguntó ¿conoce usted a Manuel Puig? Asentí. 'Ha muerto.' Entré. Estaba en la cama con los ojos muy abiertos, mirando a la lámpara del techo. Parecía que lo hubieran espantado antes de morir. Le cerré los ojos".

Según la versión de don Adán, Doña Male de Puig aceptó la muerte de Manuel con mucha calma. Pensé: casi como si la hubiese estado esperando. Conversamos un rato más y luego salimos a la tarde luminosa. El olor de las gardenias era embriagador. Se lo comenté. "En la noche, cuando todas se abren, un olor dulce se mete



EL ULTIMO PUIG

por toda la casa. Algunas veces, tarde en la noche, cuando todo está callado, recorro los cuartos y pienso cuando don Manuel y su madre estaban aquí y me pongo nostálgico", reflexionó. Aunque me sentía triste, fuimos directamente a la Central Quirúrgica Las Palmas, donde me presenté a la enfermera encargada de la recepción. Ella dijo que ni a la enfermera ni los médicos que habían atendido a Manuel se encontraban. Pregunté si podía ver algo del hospital y me dijo que estaba bien, que diera una vuelta. Aun para los standards del Tercer Mundo el lugar era demasiado sucio y destartalado. Estaban en mitad de una construcción, pero los cuartos eran pequeños y oscuros, casi espeluznantes, y me puse incómodo sólo de verlos. No pude evitar pensar que Manuel había escogido aquel lugar porque estaba escondiendo algo.

EL DESTINO DE GRETA GARBO. Regresamos a Ciudad de México al final de la tarde. Aquella noche mi cabeza bullía de preguntas. Era duro creer que si Manuel tenía SIDA y sabía que iba a morir, hubiese pasado la última parte de su vida –y hubiese gastado toda su energía– creando aquella casa de ensueño, a conciencia de que no iba a poder disfrutarla. Por otra parte, debió haberse negado a sí mismo la enfermedad. Después de todo, los enfermos terminales a veces se dedican a empresas heroicas que se transforman en el combustible que los mantiene en pie. También se convierten en coleccionistas obsesivos; objetos que dejan tras de sí y que se transforman en monumentos a su sentido de la estética.

Al día siguiente, me levanté listo para regresar a Cuernavaca y hablar con los médicos. Sin embargo, en la medida en que fue avanzando la mañana comencé a desmoronarme. Para mediodía sabía que aquel día no iría a Cuernavaca. Sentí que quizá Manuel no querría que fuera más lejos; que si había tratado tan desesperadamente de defender su intimidad, yo debía respetar su voluntad. Se comenta que Greta Garbo dijo: "No me importa si muero, en tanto Garbo viva". Puig, aquel hombre obsesionado por llevar el control de hasta el último detalle, que había programado un riguroso horario de películas para su madre y él mismo, era evidente, había querido orquestar el capítulo final de su vida. Como Garbo, quería ser recordado saludable, delgado, jovial y apuesto. Los paralelos de su vida con la Garbo de *A Woman of Affairs* se volvían singularmente sorprendentes. Diana Merrick (Garbo) es, al comienzo de la película, una radiante y hermosa joven, no maltratada aún por los avatares de la vida. Pero, impaciente y atolondrada, traiciona a Neville Holderness, el hombre que ama, y se casa con David Furness, quien durante su luna de miel se suicida. La reputación de Diana se ve mancillada y la sociedad de Londres la condena al ostracismo. En los años siguientes, viaja a Biarritz, El Cairo, Monte Carlo, Londres, París, Niza y San Möritz– una mujer *declassée*. Un acicalado londinense hace notar que "hoy por hoy nadie la reconocería". No obstante, para la novia de Neville Holderness, Diana es "una mujer fascinante". Diana muere delirando en un oscuro hospital, mientras aprieta unas rosas contra su pecho.

La trama no difiere de lo que fue a grandes rasgos la vida de Puig: de la misma manera como el sufrimiento transforma a Diana de una niña superficial en una mujer fascinante, hacerse novelista y atravesar los altibajos de una larga carrera convirtió a la joven *loca* que era Manuel en una persona de peso, un gran artista. Garbo podía quitarnos el aliento cuando reía y se mostraba alegre, pero era en sus grandes escenas de sufrimiento, como en *La dama de las camelias* por ejemplo, cuando su actuación devenía alquimia, práctica espiritual e incandescente. Como Garbo, Manuel supo retirarse justo a tiempo para que la leyenda se convirtiera en mito.

Un día después fui a Oaxaca. Durante mi primera noche allí, comencé a leer *El misterio del ramo de rosas*. No sabía nada del argumento de esta obra escrita en 1986 y estrenada en Inglaterra en 1987. Debo confesar que me sorprendió (no mucho, dicho sea de paso) que se tratase de una obra acerca de una mujer enferma obsesionada con la muerte. La acción se lleva a cabo en una "clínica exclusiva" y el único otro personaje es una enfermera contratada para hacer que de alguna manera la paciente coma. Aquel texto no me impresionó tanto como *Bajo un manto de estrellas*, por ejemplo, que me parece una pieza dramática más viva y fresca. No es que aquella otra comedia sea vacía, pero no hubo mucho que captara mi atención, a excepción de que, quizá, arrojase algunas luces sobre la biografía de Puig. Pero, en última instancia, la obra tiene poco que decir, no tiene mucha fuerza y le falta convicción en los momentos en que pasa de lo *real* a lo *fantástico* o mágico. Se salva de ser un fracaso total por los momentos de humor astuto y exquisito que se deslizan de cuando en cuando. Es sólo en las escenas finales cuando la pieza toma un giro imprevisto de mucha inspiración donde brilla el embrujo de Puig. También se hace bella y conmovedora. Pero, para mí, los últimos diálogos adquirieron un significado que era imposible ignorar. Estos son los parlamentos finales de la paciente: ..."Esta noche tienes que decidir tu destino *(Con humor)*. Servir a la ciencia o al amor. Habrá de ser el alboroto de la guardia del hospital o la espera en un jardín, languideciendo, atardecer tras atardecer... *(Pausa)* Mareándote con el olor de los jazmines".

Leyendo estas palabras, casi podía sentir los cuatrocientos ramos de gardenias que Manuel había plantado en su casa de Cuernavaca, frente a la sala. Y recordé las palabras de don Adán: "Es curioso cómo a veces predecimos nuestra propia muerte". Entonces pensé que, en los últimos ocho meses de su vida, Manuel no había escrito una sola línea, porque había estado muy ocupado construyendo su primer y último hogar en este mundo.

* *Jaime Manrique es un escritor colombiano que vive hace más de veinte años en Nueva York y escribe en inglés. Su última novela,* Latin Moon in Manhattan, *fue publicada por St. Martin's Press. El texto sobre Puig apareció originalmente en la revista* Christopher Street, *de Nueva York. La versión en español que sigue, con algunos breves cortes autorizados por el autor, fue hecha por Francesca Cordido y revisada por T.E.M.*

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Del amor y otros demonios,* por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 15 pesos).	1	3
2	*La casa de los espíritus,* por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos).	2	8
3	*Como agua para chocolate,* por Laura Esquivel (Mondadori, 15,90 pesos).	3	29
4	*Cuentos completos,* por Julio Cortázar (Alfaguara, 29 pesos).	4	7
5	*Acoso,* por Michael Crichton (Emecé, 19 pesos). Tom Sanders tiene un brillante futuro en la empresa de computación donde trabaja. Hasta que una ex amante se convierte en su jefe y, luego de una reunión a puertas cerradas, es acusado de acoso sexual. A partir de ahí comenzará una lucha desesperada por demostrar su inocencia.	6	5
6	*La edad de la inocencia,* por Edith Wharton (Tusquets, 16 pesos).	5	15
8	*Una cruel bendición,* por Danielle Steel (Grijalbo, 19, 60 pesos). En el marco de tres historias paralelas, tres parejas deben enfrentar un mismo problema, el de la maternidad, en diferentes circunstancias.	7	5
7	*El estrangulador,* por Sidney Sheldon (Emecé, 9 pesos). Un inspector de Scotland Yard se une a un joven sargento para atrapar a un estrangulador que mantiene aterrorizados a los ciudadanos londinenses.	9	2
9	*Lituma en los Andes,* por Mario Vargas Llosa (Planeta, 17 pesos).	8	19
10	*La lista de Schindler,* por Thomas Keneally (Ediciones B, 10 pesos).	-	8

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los más inteligentes chistes de gallegos,* por Pepe Muleiro (Planeta, 10 pesos).	1	18
2	*Chistes de argentinos,* por Pepe Muleiro (Planeta, 10 pesos). Subtitulado *Los gallegos contraatacan;* el libro trae una recopilación de bromas dedicadas a los argentinos y sus manías.	4	2
3	*Chistes de gallegos II,* por Pepe Muleiro (Planeta, 10 pesos). Segunda parte del exitoso libro que recopilaba los más famosos chistes dedicados a los oriundos de Galicia y sus alrededores.	10	2
4	*Breve historia de los argentinos,* por Félix Luna (Planeta, 18 pesos).	2	14
5	*El intocable,* por Ricardo Cárpena y Claudio Jacquelin (Sudamericana, 17 pesos).	3	4
6	*Memorias,* por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 15 pesos).	9	4
7	*Sin contemplaciones,* por Fernando Savater (Ariel, 15 pesos).	-	1
8	*Cómo educar a los padres,* por Mario Pergolini y Alejandro Rozitchner (Planeta, 10 pesos). Un viaje por los momentos más conflictivos en la relación entre padres e hijos.	7	2
9	*Arte de ensoñar,* por Carlos Castaneda (Emecé, 16 pesos).	5	4
10	*Recuerdo de la muerte,* por Miguel Bonasso (Planeta, 19 pesos). Edición ampliada y definitiva, con un capítulo adicional, de uno de los mejores retratos del Proceso y sus campos clandestinos de detención.	-	1

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Gandhi, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica, Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba): Feria del Libro (Tucumán):**Nota:** Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Juan Gelman: **Cólera buey** (Seix Barral). Hoy, cuando Juan Gelman se presenta por última vez en el ciclo "A dos voces", con Mario Benedetti y Daniel Viglieti, es bueno recomendar la reedición de este magnífico volumen, clásico ya, de la poesía social, en la que el testimonio no opaca la creatividad y lo cotidiano no afecta la rigurosidad.

Ernest Gombrich y Didier Eribon: **Lo que nos dice la imagen** (Norma). Subtitulado "Conversaciones sobre el arte y la ciencia", este libro reproduce una larga, imperdible conversación entre uno de los más lúcidos pensadores del arte de este siglo y un periodista inteligente e informado. Un recorrido por la obra de Gombrich y sus opiniones, provocadoras e iluminadoras como siempre.

LANZALLAMAS

Universales en rioplatense

"Del Reencuentro" es el nombre de la nueva colección de bolsillo que A-Z Editora acaba de lanzar al mercado y que es posible encontrar en la Capital en quioscos y en el interior en librerías. De formato manuable y a precios más que accesibles, su contenido apunta a los clásicos de la literatura universal. De los cuatro volúmenes que están en la calle los dos primeros, *Mañana/Tifón* de Jospeh Conrad y *Un cuarto propio* de Virginia Woolf (ideal para leer en el tren a Mar del Plata, rumbo a Villa Victoria) pueden ser adquiridos al módico precio de nueve pesos, en el mejor estilo oferta de supermercado. *Algunas historias de la era del jazz* de Scott Fitzgerald y *El color que cayó del cielo* de H. P. Lovecraft se venden a siete pesos cada uno. Los próximos títulos por aparecer incluyen *La oscilación del péndulo* de Katherine Mansfield, *Los mejores casos del padre Brown* de G. K. Chesterton y *El aroma de los crisantemos* de D. H. Lawrence.

Entre los objetivos que se ha fijado esta colección está el de "restituir el perdido español rioplatense", explica Villalba. En la esperanza de oxigenar un poco la avalancha de traducciones españolas, A-Z confió las versiones de esta colección a expertos de primer nivel. Entre los convocados, además de Gerardo Gambolini y Ofelia Castillo, figuran Carlos Gardini, uno de los mayores especialistas en Henry James y responsable de traducirlo para "Del Reencuentro". H. P. Lovecraft correrá por cuenta de Elvio Gandolfo, un diestro en este tipo de literatura. Katherine Mansfield se conocerá en versión de Antonio Bonano, D. H. Lawrence en la de Marcos Mayer y Scott Fitzgerald en la de Susana Cella.

SYLVINA WALGER

Carnets//

ENSAYO

LOS AÑOS DE DOWNING STREET, por Margaret Thatcher. Sudamericana, 1994, 776 páginas.

Hegel dijo que todos los personajes históricos aparecen dos veces. Olvidó decir: la primera vez como drama, la segunda como farsa. Benjamin Disraeli fue en Gran Bretaña el más grande ministro conservador del siglo XIX. Margaret Thatcher quiere para sí un parejo honor en el siglo siguiente; al menos, supo durar en el número 10 de Downing Street más que ningún otro premier de la posguerra. Pero Disraeli, con sus chalecos de terciopelo, cabellos negros rizados y joyas vistosas, era aún el *mistery man* victoriano, inescrutable en sus designios hasta para su partido, que todavía no era monolítico como el de los actuales tories. Thatcher, por el contrario, emprende la tarea de explicarse prolijamente en unas ochocientas páginas. En gran parte, el libro parece un discreto ejercicio de gramática: poner en primera persona doce años de historia contemporánea, especialmente inglesa, pero también, y muy inevitablemente, argentina. El ejercicio no es sólo lingüístico, y Thatcher imita a otro líder conservador, el Premio Nobel de Literatura Winston Churchill, como al modelo más seguro, menos cuestionable, más certero en los efectos de *pathos* bélico. Por cierto, la desproporción transforma a lo patético en cómico con una ausencia de transiciones de la que Thatcher no parece siempre consciente. Como el Quijote, confunde la guerra de las Malvinas con la Segunda Guerra Mundial, y Hitler revive en el uniforme de Galtieri; paradójicamente, Thatcher no se priva de capitalizar también a esta guerra en la batalla contra el comunismo.

Las muy pocas páginas que Thatcher dedica a Hong Kong contrastan con las setenta –y las innumerables alusiones dispersas– de la gesta sudatlántica. En un libro que puede leerse como una de las últimas apologías incondicionales de la épica de la Guerra Fría –John Le Carré es uno de los escritores preferidos por la autora–, sorprende la docilidad con que Hong Kong es entregado a China comunista. Thatcher es una creyente de estricta observancia en el derecho de auto-

Aclaración

Señor Director:

Me dirijo a Usted para expresrle mi beneplácito por la publicación en el suplemento **Primer Plano** pasado del anticipo de la edición dedicada a Rodolfo Walsh que apareceró en *Nuevo Texto Crítico* de la Universidad de Stanford, así como también un sentimiento de perplejidad que me surge tras la lectura del mismo.

"El santo" y "El ajedrez de los dioses" fueron publicados originalmente en la revista *Fénix*; luego de una insistente y prolongada búsqueda, gracias a la valiosa colaboración de María Celia Agudo y Rubén Córsico, codirectores de la revista, logré rescatar los originales de ambos textos. Lo que me resulta inexplicable y contradictorio, entonces, es la borradura de esas instancias de investigación en la nota de **Primer Plano**, que destacan prioritariamente la condición de inéditos de los escritos sin hacer mención alguna a mi investigación que, justamente, posibilita el hallazgo. Me inclino a creer que esta omisión se debe a un involuntario error, dado el cuidado editorial que distingue a la edición de **Primer Plano** y del notorio respeto que ha caracterizado a **Página/12** por la tarea de investigación.

Roberto Ferro
C.I. 5.107.269

El credo portátil de Thatcher

determinación de los pueblos cuando se trata de Afganistán o de los estados bálticos, con alguna amnesia, en este caso, de los derechos de las minorías rusas. Pero reclamar un referéndum en Hong Kong le resultaría de una falta de tacto inexcusable. Que los acorazados británicos remonten el Pearl River impunemente es algo absolutamente fuera de cuestión.

El tono general es de una sostenida victoria y glorificación de sí misma; es la felicidad continua de quien ve el desarrollo y desenvolvimiento de la historia como necesarias consecuencias de las acciones y decisiones propias. La caída del comunismo en el este europeo y los fracasos del sindicalismo en el frente interno –fenómenos que Thatcher asocia solapada, casi inadvertidamente– son narrados como triunfos personales de la voluntad. Pero, por lo demás, los resultados materiales de las victorias –como el desmantelamiento de ese Estado de Bienestar que era el culpable del "desmoronamiento de las familias"– resultan menos satisfactorios que el simple placer de haber tenido éxito.

Sin embargo, la existencia misma del libro es el reconocimiento de una derrota política. La posibilidad de ganar millones de libras con las memorias presupone –tal como había ocurrido ya, por ejemplo, con el caso de Henry Kissinger– un apartamiento del poder. Escribir se vuelve así, una vez más, una forma vicaria de la acción. Porque si *Los años de Downing Street* son un evangelio sinóptico acompañado con su apocalipsis y parusía –la dimisión final–, no deja por ello de ser un catecismo. Desde "una edad temprana", insiste Thatcher, la filosofía de almacenero de su padre era ya un curso abreviado de capitalismo y liberalismo. La fe inquebrantable en el libre mercado y la libre empresa, el monetarismo, las privatizaciones y la estabilidad animan cada párrafo. Desgraciadamente, Thatcher quiere explicar su credo y brindarnos una teología dogmática portátil, con lo que se convierte sin esfuerzo en el Friedrich von Hayek o Milton Friedman de los pobres, en una versión degradada de la propia doctrina.

El desarrollo general del libro es aceitado. No obstante, no todo puede preverse, y la ingratitud humana, incluso –o especialmente– la del partido conservador, pone fin al gobierno de Thatcher y la narración acaba con la nota del resentimiento.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

INVESTIGACION

Historia del monstruo

EN EL FILO DE LA DUDA, por Randy Shilts. Ediciones B, 1994, 930 páginas.

Tal vez suene de mal gusto pero lo cierto es que esta contundente –tanto en longitud como en resultados– investigación del periodista del *San Francisco Chronicle* Randy Shilts no tiene nada que envidiarle a esos pesados mega best sellers que se pasean sin vértigo por los desfiladeros más altos de las listas. En este sentido, *En el filo de la duda* –título poco afortunado con que se tradujo *And the Band Played On: Politics, People and the Aids Epidemic*– combina el thriller medicinal de Robin Cook con las intrigas político/corporativistas de Michael Crichton, con los descontrolados apocalipsis virósicos de Stephen King.

El único problema –el dato auténticamente aterrorizador– es que el libro de Shilts es completamente verídico y que se propone y consigue una suerte de historia natural y política del SIDA desde los primeros síntomas del monstruo en Africa, 1976, hasta finales de los '80 cuando el mal ya era un lugar común el mundo entero, en una planeta que no puede sino preguntarse una y otra vez cuándo llegará esa perfecta mañana en que la bestia sea derrotada.

Libro que parece escrito en el más feroz de los cinemascopes, contiene simultáneamente múltiples tramas sin perder nunca el hilo de la narración, siguiendo tanto el tránsito de Gaetan Douglas –también conocido como "Paciente Cero" y supuesto responsable de haber introducido y dispersado el virus en Estados Unidos– como el creciente pánico dentro de la comunidad gay, la sorda batalla entre los grandes laboratorios en busca de un elixir millonario y las penurias y miserias de investigadores luchando por un puñado de dólares en tiempos del negador Ronald Reagan.

Investigación que bordea lo heroico y llevó a Shilts –el primer periodista en comprender que el SIDA era un tema que requería de dedicación full time– a recorrer doce países, realizar más de novecientas entrevistas y ordenar miles de páginas de información clasificada a la cual pudo acceder gracias al Freedom of Information Act. *En el filo de la duda* es un libro tristemente inevitable que va mucho más allá en información y testimonios que su más que bien intencionada traducción cinematográfica.

Así –lejos de ser una solución al problema– *En el filo de la duda* es finalmente un sentido tributo a los caídos en una guerra invisible, una inclemente crítica a la disfuncionalidad de las instituciones en el momento en que más se las necesita y un clásico de la investigación periodística. Un oscuro monumento de palabras que si nadie consigue hacer sonar la campana a tiempo, si la banda sigue tocando, accederá –con el correr de los milenios y en manos de aquellos que nos sucedan sobre la superficie de este planeta– al lugar que hoy ocupan la piedra Rosetta, los rollos del Mar Muerto, un triste montón de huesos. Ese sitio en una vitrina donde cualquiera de esos antiguos artefactos destinados a explicar la leyenda nunca alcanza a ofrecer del todo una respuesta comprensible sobre cómo fue que culturas poderosas se derrumbaron por el simple hechode haber aceptado la existencia del monstruo cuando ya era demasiado tarde para vencerlo.

RODRIGO FRESAN

En paralelo con el tono profesional y existencialista de "El pozo", la construcción envolvente de "El astillero" y el despojo casi final de "Cuando ya no importe", los cuentos de Juan Carlos Onetti van trazando un mapa en el que se pueden rastrear todas sus obsesiones, sus astucias narrativas y sus virajes. Mapa que puede encontrarse en la reciente edición de sus "Cuentos completos".



CUENTOS COMPLETOS DE JUAN CARLOS ONETTI

EL BORDE DE LAS PALABRAS

MIGUEL BRIANTE

Algún día un estudioso deberá inclinarse, lupa en mano, sobre dos de los textos que figuran en esta edición de los *Cuentos completos* (Alfaguara, 1994, 468 páginas) de Juan Carlos Onetti: "La larga historia" y "La cara de la desgracia". El primero fue escrito en 1949 y el segundo en 1960; los dos narran, casi, lo mismo, y hay momentos en que frases textuales del primero se repiten en el segundo. Pero "La larga historia" tiene un poco menos de diez páginas y "La cara de la desgracia" unas veintiocho. Una vez cruzados, en esa confrontación –en la que se notará que la estructura del relato es la misma, del principio al final–, detalles como la reiteración o el descarte de ciertas palabras o descripciones, o los diversos énfasis de cada secuencia en las dos versiones, el estudioso, ya en condiciones de promulgar su tesis, no dejará de preguntarse si en los cuentos en Onetti –como en esos jardines de William Blake donde "se preparan selvas"– no está el laboratorio donde crecieron, por un simple mecanismo de extensión del relato, de acumulación, sus novelas: *El astillero*, *Juntacadáveres*, *Los adioses*.

Una cronología forzada, que podría saltear *El pozo* (o considerarlo como un cuento largo) avalaría esa conjetura primaria; la constatación de que en los últimos textos de Onetti –*Dejen hablar al viento*, *Cuando ya no importe*– los detalles y las demoradas descripciones son reemplazados por sugerencias, rastros, y que ahí se cuentan más historias en menos tiempo, en menos palabras, la derrumbaría. O, en todo caso, dejaría al estudioso frente a una realidad: no se trata de eso, sino de saber qué es Onetti, qué es la obra de Onetti en su (creciente) totalidad.

Una primera, tal vez apresurada, lectura apuntaría a señalar que en el planeta Onetti, a la larga, no hay límites: ni novela ni *nouvelle* ni cuento se diferencian en tanto cumplan esa primera regla enunciada más de una vez por el escritor: "Así como el hombre, ante circunstancias diversas, asume posiciones diversas y maneras de solucionar sus conflictos también diversas, de la misma manera ocurre con la literatura. El escritor debe enfrentarse a cada tema nuevo de una manera nueva. No podía trabajar *Los adioses* de la misma manera que trabajé *Juntacadáveres*. El tratamiento es siempre otro frente a cada creación". Eso es cierto, pero también es cierto que la literatura es un oficio, en el que se van adquiriendo destrezas, conocimientos, hasta mañas (de zorro, no de maniático), que a veces impiden al escritor –empeñado en mantener una marca de fábrica que toma por un estilo– ver la manera implícita de cada tema, su mandato epifánico. Lo curioso en Onetti es que haya podido hacer las dos cosas: su tono, por encima de las diferencias de registro en cada época de su narrativa, tiene un sello: esa belleza displicente, de quien narra como quien no quiere la cosa, de quien narra cómo narra, de quien puede alejarse y acercarse a lo narrado a voluntad, y al mismo tiempo cada relato tiene siempre un enfoque, una novedad. Como si siguiera el dictado de uno de sus personajes, el pobre de Risso ("El infierno tan temido"), que le prometía a esa mujer que lo llevaba al suicidio: "Todo puede sucedernos y vamos a estar siempre contentos y queriéndonos. Todo, ya sea que invente Dios o inventemos nosotros". O, más exactamente, como lo pide alguno de sus otros personajes, "que pase algo nuevo cada día".

Si se lo piensa bien, esta exigencia para vivir –para soportar la vida– que muchos personajes de Onetti expresan en distintas situaciones, se toca con esa lápida popular que afirma que el matrimonio es como "comer puchero todos los días". Con la literatura pasa lo mismo. Más de una vez, feroz, Onetti ha narrado que Vargas Llosa le dijo en cierta ocasión que él escribía tantas páginas de tal a tal hora, con método, y que él, Onetti, le contestó: "Vos tenés una relación marital con la literatura. Estás casado y cumplís con tus deberes conyugales. Yo no. Yo tengo una relación de amante. Me acuesto cuando tengo ganas. Escribo cuando me gusta". Esa curiosa bandera, en un hombre que parece respirar sólo cuando escribe –o que deja traslucir, siempre, en sus relatos, que en la nuca de cada personaje respira él–, esa gran libertad necesita de un soporte. Onetti suele admitir que sus dos grandes influencias son Céline y Faulkner. En *El pozo* (1939) ya aparece, casi vomitada –pero sofrenada por el narrador cuyos andamiajes iban a aparecer, más claros, después– esa mirada impiadosa sobre un mundo mal hecho que no podrá ser corregido, una idea de la cual Onetti no claudicará. Pero después, conteniendo la misma mirada, aparecerá "Santa María", un eco de Faulkner –una aceptación declarada de la astucia de Faulkner– con el que Onetti terminará, como los perros, de mear un territorio propio, de marcar los límites de su comarca narrativa. Ese territorio tendrá sus propias leyes, aunque esté hecho de la madera de los sueños: "(...) la experiencia de Buenos Aires está presente en todas mis obras, de alguna manera; pero mucho más que Buenos Aires, está presente Montevideo, la melancolía de Montevideo. Por eso fabriqué Santa María, el pueblecito que aparece en *El astillero* (...) Más allá de mis libros no hay Santa María. Si Santa María existiera seguro que haría allí lo mismo que hago hoy. Pero, naturalmente, inventaría una ciudad llamada Montevideo", dijo Onetti una vez. Basta recorrer estos *Cuentos completos* para saber cómo, aunque se vaya, la narrativa de Onetti vuelve a Santa María, porque en ese lugar él ha creado el pasado, el presente y el futuro, la heráldica: "Hay, y siempre habrá, en Santa María, con nuevas caras y codos que sustituyen al último desaparecido, nuestro Picasso, nuestra Béla Bartok, nuestro Picabia, nuestro Lloyd Wright, nuestro Ernest Hemingway (...)", escribe Onetti en "La novia robada", ese cuento en el que la Moncha Insurralde, vuelve –"para quedarse y, otra vez, seguir viviendo"– y se topa con un pasado, con una historia que servirá para que la midan: " Otra loca, otra dulce y trágica loquita, otra Julita Malabia en tan poco tiempo y entre nosotros...".

Así volverán, cíclicos –a cada rato, en muchos de estos cuentos–, Juntacadáveres, el "inevitable Díaz Grey", el Dios Brausen –acaso el Narrador de los narradores–, el Club del Progreso, los mismos bares, que serán visitados –para que la rutina del pueblo, de la comarca, se quiebre– por el "El caballero de la rosa y la virgen encinta que vino de Liliput" o "Jacob y el otro", el luchador y el príncipe Orsini.

Entonces, desde ese territorio que se maneja con mitos propios, que burila sus propias metáforas, se puede ver hasta lo que no pasa en Santa María: la loca de "Un sueño realizado" –ese cuento donde Onetti estira los límites de su prosa para abarcar lo inabarcable, para que un sueño se convierta en una obra de teatro que terminará siendo real–, o la Kirsten de "Esbjeg, en la costa" –que, parada en el puerto, vuelve en cada barco a Dinamarca–, y hasta la Evita de "Ella" –donde el embalsamamiento, la irrealidad otra vez, se convierten en el tema central– podrían haber tenido su historia en Santa María.

Porque pensándolo bien casi todas las historias de Onetti tienen que ver con simulacros, con dobles o triples vidas, con personajes que sueñan estar en otro lado, con tipos que prefieren imaginar que las historias que les cuentan no son ciertas, con representaciones de la representación de la representación. "Escribir jugando es fácil", se lee en unos de esos cuentos –donde Onetti, como siempre, no juega y no deja de desconfiar de lo escrito– que ocurren en Santa María, donde todos han aceptado que las diversas mentiras de todos hacen una verdad. Una verdad encerrada en un territorio alambrado por palabras que, en sus bordes, dan a otra verdad.